CRISTIANDAD

NO ES ESTE EL MOMENTO DE DISCUTIR

El Papa nos convoca a una acción regeneradora y salvadora. ¡Penetrémonos del sentido que encierra su paternal exhortación a los fieles de Roma! (véase nuestra separata)

LAS COSAS SANTAS SE HAN DE TRATAR SANTAMENTE

Los fines del Congreso Eucarístico son también la profunda renovación religioso-moral para las almas y una fuerte inyección de vida sobrenatural.

EL CONGRESO DE FATIMA Y LA PAZ

El deber urgentísimo que incumbe a todos los cristianos es este: el de trabajar para la conversión del mundo. «Si fueren atendidas mis súplicas—dijo la Virgen—Rusia se convertirá y habrá paz».

LA FAMILIA CRISTIANA CIERRA SUS FILAS

El problema de la sociedad es el problema de la familia. El padre que dimite su autoridad entrega a la sociedad al marxismo.

EN NUESTRA COLECCION DE DOCUMENTOS DE PIO XII: EL DISCURSO A LA U. C. I. D. Y LA EXHORTACION A LOS FIELES DE ROMA

N.° 190 - AÑO IX 15 FEBRERO 1952

Barcelonés:

Ofrece tu hospitalidad a los católicos de todo el mundo.

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE

Salvador Fusté Teixidor

Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón en BESSACHS
(GIRONELLA)

HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

NÚM. 190 - AÑO IX

15 DE FEBRERO DE 1952

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

EDITORIAL:

La acción a que el Papa nos convoca, de la Exhortación a los fieles de Roma (pág. 61).

PLURA UT UNUM:

Glosas a la Carta Pastoral del Señor Obispo de Barcelona «Santidad y Paz» en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional. – I. *Santificaos porque mañana hará el Señor entre vosotros maravillas* (págs. 62 y 63).

El Rey Pacífico ha sido glorificado, por Arturo M.ª Cayuela, S. J. (págs. 64, 65 y 66).

El Congreso de Fátima y la Paz. – *La Paz del mensaje de Fátima y la paz del comunismo*, por Douglas Hyde. – *El mensaje de Fátima y la familia*, por Manuel Gounot. – *La La familia cristiana cierra sus filas*, por Jacques Biebuyck (págs. 67, 68, 69, 70 y 71).

EL BIELDO Y LA CRIBA:

La bibliografía ignaciana y el Papa teatino Paulo IV, por A. Veny Ballester C. R. (páginas 72 y 73).

«Cuestión social» y «cuestión económica». – *Bien común, espiritualidad, sobrenaturalismo*, por F. H. – Negocios cristianos y anticristianos – Cristianismo sin Cristo. – «Film» rosa. – ¿Están ustedes seguros?. – ¡Vive Dios que pudo ser! (págs. 74 y 75).

NOTAS BIBLIOGRAFICAS:

Teologia del dolore, por Benvenuto Matteucci. – *O liberalismo ontem e hoje*, por Mesquita Pimentel (pág. 76).

DE ACTUALIDAD:

De la Quincena religiosa, por Himmanu-Hel (págs. 77 y 78).

De la Quincena política, por Shehar Yashub (págs. 79 y 80).

ANEXO:

El discurso a la U. C. I. D. y la importantísima Exhortación de S. S. el Papa a los fieles de Roma.

La acción a que el Papa nos convoca

He aquí un fragmento del texto, que nadie debe dejar de leer con todo fervor y serenidad, de la Exhortación del Papa a los fieles de Roma. ¿No es aplicable, directamente a nosotros, para prepararnos, como debemos, para la hora solemne del XXXV Congreso Eucarístico Internacional y contribuir a esta acción regeneradora y salvadora que se nos pide?

No se os oculta que los peligros que agobian sin cesar a la presente generación son mucho más extensos y graves que lo fueron las pestes y los cataclismos terrestres, si bien es verdad que la persistencia de su amenaza ha empezado a hacer a los pueblos como insensibles y apáticos. ¿No será éste el peor síntoma de esa interminable crisis que no disminuye y que hace temblar a todas las personas conscientes de la realidad?

Por tanto, después de recurrir nuevamente a la bondad de Dios y a la misericordia de María, es necesario que cada fiel, cada hombre de buena voluntad, examine, con resolución digna de los momentos trascendentales de la historia humana, qué es lo que puede y debe hacer como aportación suya a la obra salvífica de Dios, en auxilio del mundo de hoy, abocado a la ruina.

La persistencia de un estado general, que no dudamos en llamar explosivo a cada instante, y cuyo origen debe buscarse en la tibieza religiosa de tantos, en el bajo nivel moral de la vida pública y privada, en la sistemática obra de intoxicación llevada a cabo en las almas sencillas, a las que se propina el veneno después de haberles narcotizado, por decirlo así, el sentido de la verdadera libertad, no puede dejar a los buenos inmóviles en el mismo surco, contemplando con los brazos cruzados un porvenir arrollador.

El mismo Año Santo, que suscitó una prodigiosa floración de vida cristiana, abierta primeramente en medio de vosotros y después en toda la tierra, no debe mirarse como un meteoro refulgente, pero fugaz, ni como un esfuerzo momentáneo ya desaparecido, sino como el primer paso prometedor hacia la completa restauración del espíritu evangélico, que, además de arrancar millones de almas a la eterna ruina, es el único que puede asegurar la convivencia pacífica y la fecunda colaboración de los pueblos.

La acción a la que hoy llamamos a pastores y fieles, sea reflejo de la de Dios: sea iluminadora y unificadora, generosa y amable. Para ello, enfrentándonos con el estado actual de esta vuestra y nuestra ciudad, procurad conocer bien en concreto las necesidades, que estén bien claras las metas, bien calculadas las fuerzas disponibles, de modo que los presentes recursos iniciales no sean desaprovechados por estar desconocidos, ni desordenadamente empleados y gastados en actividades secundarias. Que se invite a las almas de buena voluntad, que ellas mismas se otrezcan espontáneamente. Sea su ley la fidelidad incondicional a la persona de Jesucristo y a sus enseñanzas. Sea humilde y sumiso su ofrecimiento: que su trabajo se vierta como elemento activo en la grandiosa corriente que Dios moverá y guiará por medio de sus ministros.

Glosas a la Carta Pastoral del Señor Obispo de Barcelona «Santidad y Paz en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional»

I.—Santificaos porque mañana hará el Señor entre vosotros maravillas

A estas horas habrá llegado ya a buena parte de los pueblos del mundo, y a todos los rincones de España, la noticia del XXXV Congreso Eucarístico Internacional. Toda alma eucarística, y debe serlo todo buen cristiano, habrá captado la vibración mensajera del Amor de los Amores que, por mediación del Sr. Obispo de Barcelona, nos ha manifestado el querer divino en tan solemne efemérides eclesiástica.

«Los nobles y santos fines del Congreso — escribe en su Carta Pastoral de 22 de agosto de 1951 — son no sólo una espléndida manifestación de fe y de piedad eucarística, una apoteósica glorificación de Jesucristo Sacramentado y una plegaria fervorosa e ingente por la paz, sino también, para muchísimas almas, una profunda renovación religioso-moral, una fuerte inyección de vida sobrenatural.»

De aquí que ningún católico, y hasta diríamos ningún amante de la paz, puede considerarse exento de contribuir en la medida de sus fuerzas al logro de tan alta empresa, «a un fin tan sin fin — añadiría nuestro Cervantes por boca de Quijote, en su discurso de las armas y de las letras —, que ninguno otro se le puede igualar». Porque aquí, en definitiva, se trata de llevar y encaminar las almas a la mansión de la paz. Y no cabe duda que la Eucaristía es una vía regia para ello, siempre con el bien entendido de que el alma corresponda al «ex operato» del Sacramento y del Sacrificio con algo operante, o dicho con las mismas palabras de la mencionada Carta Pastoral, no olvidando que «Jesucristo no se quedó entre nosotros para estar en su Iglesia presente con presencia, aunque real y verdadera, meramente honoraria, sino para iluminarla y vivificarla, para ser «su agente de vida eterna», y bajo este aspecto «su alma», en frase original y vigororosa de León XIII, y como «su corazón», al decir del actual Pontífice Pío XII: en una palabra, para ser «su vida», para incorporar a Sí a los hombres».

Nuestras almas, pues, se han de disponer y aparejar. Se prepara y abona la tierra del jardín, y se cuidan con esmero y extraordinario mimo las plantas que nos han de dar las flores queridas, y aquí, se ha repetido, «la primavera terrenal» de este mes de mayo «ha de convertirse en símbo-pirituál».

Sabido es que Dios con su omnipotencia y bondad infinita puede convertir en panes a las mismas piedras, y que su Santo Espíritu «spirat prout vult», y que Jesús llama a las puertas del pecador con aquella salutación: «La paz sea en esta casa», y no marcha sin antes dejar como prenda y joya, aquella joya que, sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno: «Mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros». Pero tampoco ignoramos la manera con que la Providencia dispone ordinariamente la economía sobrenatural que, de tan vista, no deja de ser maravillosa por su infinita sabiduría.

Y si Santo Tomás de Aquino nos hace levantar los ojos agradecidos al Cielo porque Dios nos ha concedido el poder participar de su causalidad en el gobierno del mundo, ¿cuál no ha de ser nuestro himno de gratitud al dejarnos cooperar no ya en el orden individual, sino además como miembros de un mismo Cuerpo Místico, a esta sobrenaturalización de la sociedad, único remedio para hacer de lo disperso y dividido una sola cosa, un solo espíritu?

Siempre hemos temido, sin embargo, que la cooperación humana, principalmente en circunstancias

LAS COSAS SANTAS DEBEN TRATARSE SANTAMENTE

SANTIFICAOS, porque el Señor mañana ciertamente hará maravillas entre vosotros». De donde parece, que no sólo para tratar con el mismo Señor, mas aún con sus cosas y obras, es menester particular disposición y santificación. Para oír sus palabras cuando dió la Ley (Exodo, 19), mandó que se santificasen, y al que las ha de hablar le conviene ser santo, porque no diga el Señor aquella terrible y digna palabra de ser temida (Psalm. 49): «Al pecador dijo Dios: ¿por qué tú cuentas mis justicias por tu boca?» A los sacerdotes mandó que se santificasen para las cosas del templo. Y los que habían de comer de las cosas sacrificadas y celebrar la Pascua comiendo un cordero (Exodo, 13), habían de ser sanificados, so pena de graves castigos. Esto entedía San Pablo (Rom., 15) cuando, manifestándonos por ejemplo suyo el respeto, la pureza y santificación con que se ha de ejercitar el oficio de la predicación de la palabra de Dios, dice que santificaba el Evangelio de Dios, no porque él lo hiciese santo, pues que el mismo Evangelio lo es en s; mas como uno que con mala conciencia trata las cosas de Dios se dice que las ensucia, porque si pudiesen ellas ser ensuciadas bastaba lo que él hacía para las ensuciar, y en cuanto es en sí, con aquel mal trato da a entender que las tiene en poco y las tiene por indignas de mejor tratamiento, así, quien las trata con debida santificación, aunque no las dé santidad en sí mismas, dásela en la estimación de su corazón, teniéndolas por dignas de toda reverencia y de toda limpieza.

En este sentido dijo el Apóstol San Pedro a los cristianos (I Petr., 3): «Santificad al Señor Jesucristo en vuestros corazones». Parece recia palabra que el hombre santifique a Cristo, el cual es santísimo en sí, y fuente de cuyo cumplimiento todos los que tienen gracia y santificación la reciben, sin que nadie la pueda haber de otra parte en mucho ni en poco, porque de El y no de otro, dice Dios Padre (Psalm. 131): «Sobre El florecerá mi santificación»: con el cual sentido concuerda San Pablo cuando dijo (3 Cor., 1): «Que Cristo, por virtud de Dios Padre, es hecho nuestra santificación; porque la que tenemos nos viene de El y por El». El nos santifica, haciéndonos verdaderamente de sucios, limpios, y justos de injustos, quitándonos la inmundicia que teníamos y dándonos la santificación que nos faltaba. Mas santificarle nosotros a El, es de otra manera, como declara Isaías diciendo (capítulo VIII): «Santificad al Señor de los batallas»; y como si le preguntáramos: ¿cómo hemos de santificar nosotros, criaturas no santas, a nuestro Santísimo Criador?, añade luego diciendo: «Sea El vuestro temor, sea El vuestro temblor, porque el hombre que a Dios teme con reverencial temor, le trata y le estima en lo que debe, y le sirve y ama como a Señor suyo y último fin».

como las presentes, adolezca demasiado de lo humano, a pesar de poner la confianza y puntos de mira en Dios; que las palabras de los hombres, aun cuando sus conversaciones gusten de las cosas del Cielo y sean sus intenciones enteramente rectas, no pasen muy allá de las fronteras humanas, queremos decir, que se interpreten y se atribuya a ellas un alcance como el que suelen dar los hombres a sus cosas; y el hálito sobrenatural que lo vivificaba o debía vivificarlo, se convierta en un adorno religioso, a la manera de un traje nupcial o de primera comunión que se exhiba como patente de una alegría, de una pureza y de un amor que no existe en la realidad.

Como estos temores se apoderaron de nuestras mismas cuartillas, y temíamos además que nuestras palabras aparecieran o un traje demasiado mísero para tan gran solemnidad, o bien impropio de nuestra estatura, nos decidimos llamar a las puertas de quien atendería nuestro ruego en la seguridad que daría cumplida solución a nuestro conflicto, es a saber, «desear de una parte contribuir con el granito de arena que se nos pide a todos los católicos para la consecución de los fines del Congreso, y de otra, hacerlo de modo que nuestras glosas y comentarios llevaran el sello de una irrefutable devoción, esto es, de una entrega total al servicio de Jesús Sacramentado, avalorada ya con las pruebas de santidad».

Porque, como dice nuestro amadísimo Prelado: «Tratándose de la Eucaristía, la fe lleva consigo necesariamente el amor. Quien con tanto exceso nos amó, que antes de padecer y antes de subir a los Cielos, en su ciencia y en su poder infinitos, halló el modo de quedarse entre nosotros y ser nuestro alimento y el Sacrificio de valor infinito, en una palabra, la fuente inagotable de vida sobrenatural; ¿cómo no merecerá nuestra entrega total a El por el amor práctico más sincero, ardiente y sacrificado?»

Sigamos el ejemplo de San Pedro, el primer Vicario de Jesucristo, quien al oír las palabras de Jesús, prometedoras de la Santísima Eucaristía, ante la defección de muchos que no las creyeron, respondió a una insinuación de Jesús, con toda la fuerza de su temperamento ardiente y en nombre de los Apóstoles: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».

«Esa inquebrantable fe en la santísima Eucaristía y ese amor que, a través de los siglos, en todas las latitudes del orbe y muy singularmente en España, concretamente en nuestra ciudad y Diócesis, fueron inspiración sublime para el arte eucarístico en sus múltiples manifestaciones (ahí están como ejemplo de todos los años las espléndidas y fervorosas procesiones de Corpus Christi); fuego que enardeció las almas, para las grandes manifestaciones de culto y de piedad eucarísticas y fuente de vida que santificó a innumerables almas.»

Nosotros no dudamos en llamar a nuestro conocido por antonomasia «EL PREGONERO DE LA EUCARISTIA EN ESPAÑA». Tenemos ya trazados y diseñados los rasgos de su «semblanza eucarística» para otra ocasión. Conviene ahora que oigamos su voz, que apliquemos atentamente nuestros oídos y sigamos puntualmente sus consejos. Es cierto que el Beato — ¡solamente Beato, y vamos camino del cuarto centenario! — Maestro Juan de Avila no escribía o predicaba para un Congreso Eucarístico Internacional, pero no será difícil al propio lector cambiar la palabra, v. gr.: procesión o día del Corpus Cnristi, por la de los actos preparativos o solemnidades del Congreso.

Es con esta salvedad que nos permitimos transcribir algunos de sus centenares de páginas en honor y gloria de la Eucaristía.

Los textos del centro de estas páginas que hoy traemos a colación vienen a glosar los de la Carta Pastoral contenidos en el apartado que lleva por título «Preparación Espiritual del Congreso». Tienen el tono y el timbre de un verdadero pregón. Es, por eso, que las hemos escogido para esta glosa primera.

MARTIRIAN BRUNSO, Pbro.

DE QUÉ MODO NOS SANTIFICAREMOS EN TAL FIESTA

Los sacerdotes que llevarán mañana en andas al gran Señor, a quien adoran y reverencian los ángeles, agradézcanle mucho que se quiera servir de los hombros de ellos, y que sufran calor, y que suden; y esperen por ello galardón muy grande del liberalísimo Señor que sobre sí llevan; y acuérdense del trabajo que el Señor pasó llevando a ellos y a todos sobre sus hombros en el día de su Pasión, y sacarán ellos fuerza para sufrir el propio suyo con mucha paciencia y aun con alegría; y estén avisados, no sea más falta de devoción que de fuerzas corporales, el sentir mucho el peso de las andas, el calor del sol, la longura del camino; que sería (cosa) muy vergonzosa.

Los legos que tienen hacienda, den mañana para rescate de algún cautivo, o saquen de la cárcel algún preso por deudas, en honra y agradecimiento de la dichosa redención de nuestro espiritual cautiverio, y de la libertad de las cadenas en que nos tenían nuestros pecados, que se celebra mañana en la procesión. Casar una huérfana (en otros lugares añade: dotar una doncella para ser religiosa) también será cosa conforme a esta santa fiesta, pues celebramos en ella la procesión y día en el cual el Señor lavó con su Sangre la Iglesia y la tomó por esposa. Y también vendrá muy a propósito dar de comer a los pobres, recrear los enfermos, vestir los desnudos, en honra de este sagrado manjar, que tan piadosamente nos es concedido en refección de nuestra ánima y cuerpo, en salud copiosa de nuestras enfermedades, en vestido, casa y abrigo, y generalmente en remedio de todas nuestras necesidades.

Y para que estas obras de misericordia mejor se hiciesen, debían los cofrades de este Santísimo Sacramento encargarse de ellas, y pedir la fiesta de mañana y en todo el octavario, limosnas a los fieles para efecto de ellas; y los fieles ser muy largos en dar, por amor del Señor y al mismo Señor, de sus temporalidades pues El dió por ellos su vida.

Y quien no tuviere hacienda para servir con ella al Señor, por ventura habrá recibido de su prójimo alguna mala obra o pasará trabajo en sufrir la mala condición de él. Y si este tal perdona a quien le enojó, y sufre con paciencia la cruz de la mala condición ajena, piense que ha ofrecido mañana al Señor, no hacienda, sino sangre del propio corazón, pues duele mucho más esto que aquéllo. El enfermo o pobre ofrezca mañana paciencia al Señor, y acompañe mañana al Señor, conformándose con su santa voluntad, y dándole gracias por todo .

Y unos y otros procuren de llevar los corazones (a los cuales Dios mira) tan limpios, que los ojos corporales con que al Señor miraren le den vista agradable con que El se contente; porque así «como los limpios de corazón han de ver a Dios» (Mt., 5, 8) en el cielo con espiritual vista, así la vista corporal, que da contentamiento al Señor en la tierra, de la limpieza de corazón ha de salir.

EL REY PACIFICO HA SIDO GLORIFICADO

Los Congresos Eucarísticos Internacionales

Los tres últimos Congresos Eucarísticos Internacionales, en tres distintas partes del mundo: Buenos Aires (1934), Manila (1937) y Budapest (1938). En todos ellos, pero especialmente en el de Budapest, preside el sentido de reparación y desagravio, que debe ser inherente a la presencia eucarística de Jesucristo, Víctima propiciatoria por nuestros pecados. ¡Que resalte este aspecto sobre todo en el gran Congreso de Barcelona, en las presentes gravísimas circunstancias de la Iglesia y del mundo!

Las solemnidades, concurrencia y orden alcanzaron tal relieve, que no se hacía inverosímil la verdad del rumor de que Buenos Aires se había propuesto emular y aún superar en magnificencia los días del Congreso de Chicago. Pero lo que llevaba un consuelo más íntimo a los organizadores era la subida asombrosa de fervor religioso en el termómetro social de la gran ciudad, que supo, por su buena dicha, conocer el don de Dios. Así se lo había prometido al Cardenal Legado el Intendente municipal de esta ciudad, cuando en la alocución de bienvenida, le dijo: «*Emmo. Señor: Vos, como representante del Papa, del Soberano más grande del mundo, ante quien se inclinan con veneración todos los soberanos de la tierra, venís en esta hora trágica para la historia del mundo, como Jesucristo llegó a las puertas de Jerusalén; pero Buenos Aires sabrá reconocer el don de Dios. Feliz el pueblo que comprende el dulce mensaje de Jesucristo, que el Padre común de los fieles nos envía en la persona de su Eminencia*».

Para nosotros, los españoles, será un honorífico recuerdo el de que en la fiesta de la Raza, 12 de octubre, uno de los días del Congreso, hubiera sido nuestro Cardenal Gomá elegido para dirigir su palabra a la muchedumbre.

Una nota de auténtica caridad cristiana fué la que dieron los Obispos de Sud-América, pidiendo a los Presidentes de Bolivia y Paraguay el fin de las hostilidades que entre ambas Repúblicas ensangrentaban las tierras del Chaco, como homenaje de paz al Congreso Eucarístico de la Argentina; petición a la que se contestó manifestando, con frases de sumo respeto al Episcopado, los deseos de que se llegase pronto a una paz duradera.

El XXXIII Congreso Eucarístico Internacional en Manila (1937)

A cada nuevo Congreso se aportaban nuevos datos de experiencia, aprendidos en los Congresos que le habían precedido. Los organizadores del de Manila, en 1937, siguiendo el ejemplo de los Congresos de Buenos Aires y Dublín, dieron a la preparación espiritual de los espíritus y las oraciones imperatorias de un éxito feliz, la máxima importancia. Los doce millones de católicos, esparcidos en las 7.083 islas e islotes del Archipiélago filipino, se dispusieron al magno acontecimiento con jornadas eucarísticas, Ejercicios espirituales, comuniones generales y otros actos religiosos; y las Religiosas ofrecieron sus plegarias y penitencias para obtener del Corazón de Jesús numerosas conversiones, como de hecho se lograron, entre las almas de fe aletargada. La fe cristiana, plantada en aquellas islas por el Conquistador Magallanes, y predicada y conservada por tantas legiones de Misioneros españoles, de varias Ordenes, iba a dar un año de riquísima cosecha espiritual. Como en otros Congresos similares iba a pasar por aquellas tierras y aquellos mares el divino Maestro, latente en su Eucaristía, y patente en el representante de su Vicario. Esos dos salvadores amores, a Cristo Sacramentado y al Papa, caldean y encienden las almas en estas ocasiones, tan oportunas para ello.

El solo largo trayecto del buque que transportaba desde Estados Unidos a Manila al Cardenal Legado Dougherty era un símbolo, al atravesar tan distantes Océanos, de la exactitud con que se cumplía el profético dicho del Salmista: *Et dominabitur a mari usque ad mare, et a flumine usque ad terminos orbis terrarum*», según lo consignaba el mismo Sumo Pontífice en la carta de nombramiento de Legado. El mismo viaje marítimo de aquel egregio dignatario de la Iglesia se convirtió en una como Misión flotante. Diariamente se celebraban a bordo setenta y cinco Misas; y los peregrinos, seglares y eclesiásticos, se sucedían por turno al pie del Sagrario, hasta que al atardecer se exponía el Santísimo y se daba con la custodia la bendición. Cuando, el 27 de enero, mientras el barco, entre Sumatra y la península de Malaca, tocaba los confines del mar de China y del Océano Pacífico, todos los puentes del buque aparecieron iluminados por la luz trémula de los cirios; y los ecos de las plegarias y cantos se difundían a lo lejos.

Convertida en un templo, la nave del Legado hizo su entrada triunfal en el puerto de Manila, escoltada por catorce trasatlánticos, a vista de una innumerable multitud que prorrumpía en jubilosísimos vivas al Papa. Destacándose de las otras Autoridades, civiles, militares y eclesiásticas, el Intendente Municipal de la ciudad se adelantó hacia el Legado, y, con un gesto caballeresco, que parecía heredado de los caballeros españoles, le hizo entrega de las llaves de la ciudad.

Allí estaban congregados, en mezcla abigarrada de colores y trajes, cristianos procedentes de diferentísimos sitios del Archipiélago; a una con los representantes de treinta y cuatro naciones de Europa y América, *ex omni tribu et lingua, et populo et natione:* demostración viviente de la catolicidad y de la unidad de la Iglesia de Cristo. Su apostolicidad la patentizaba el Legado del Papa y los ciento cincuenta Arzobispos y Obispos: cuatro de Africa, 20 de América, 20 de Oceanía, 20 de Asia, 25 de Europa y 22 de las Filipinas.

Allí, junto al puerto, y en los días siguientes, en los sucesivos actos, dando escolta al Santísimo y circundándolo como aureolas concéntricas, ofrecían a la

vista cuadros en extremo atractivos, los de los pueblos indígenas Bontok, Kankanaj y Nabaloi, los venidos del interior de Luzón, Mindoro y Palawen, los Sámal de la isla de Sulú, al lado de los peregrinos del Anmom, del Tonkín de Conchinchina y de Borneo; y chinos y japoneses juntaban sus voces a las de los americanos y europeos. Entre todos, según cálculos, medio millón de asistentes. Anticipábase ya la consoladora realidad al deseo e intento del lema del Congreso que era: «*la eficacia de la Santísima Eucaristía en la propagación de la Fe*».

Parecía oirse la voz profética de Isaías que le repetía a Cristo, presente en su Sacramento, en medio de gentes tan variadas; «*Omnes isti congregati sunt, venerunt Tibi: filii tui de longe venient, et filiae tuae de latere surgent*».—Desde el Oriente conduciré tus hijos, y desde Occidente los congregaré.— Como en los días que al Congreso precedieron, se podía oír asimismo al citado Profeta, que cual heraldo clamaba: «*Sé, dice el Señor, que me están esperando las islas y las naves del mar. Y levantaré en medio de ellos, dice el Señor, una señal de salud. Y mis enviados anunciarán a las naciones la gloria mía, y de entre éstas escogeré Yo mis sacerdotes*». A la letra: allí oficiaban aquellos días en los templos sacerdotes y aun Obispos indígenas.

Y transcurrieron las sesiones del Congreso, donde se oían discursos en las lenguas más diversas; y transcurrieron los tres grandes días, el de las señoras: ciento cincuenta mil; el de los hombres con su Adoración nocturna: doscientos cincuenta mil; y de los niños sesenta mil. Y al final de la Procesión última, se iluminará la ciudad entera, y se alzará a los aires el himno laudatorio del Tedéum, entonado por aquella muchedumbre que en aquellos momentos respirará como un mismo corazón:*cor unum et anima una!*

El Radio-mensaje, dirigido por su Santidad Pío XI a los Congresistas de Manila pondrá el más digno colofón al conjunto de actos y festejos con que Filipinas, aquella hija antigua de España, hará honor a la Fe que su madre le enseñó.

Legado Pontificio en el Congreso de Buenos Aires (1934) y posteriormente (1938) en Budapest

El XXXIV Congreso Eucarístico en Budapest (1938)

El Congreso de la hermosa Manila tuvo por dilatado cerco de su magnificencia una policroma profusión de isleños, consolador índice de las expansiones de la Iglesia católica. El de Budapest, que le siguió, iba a sintetizar todo un mundo de majestad, de brillantez y poesía, sirviendo de resonador a los cánticos del espíritu. Los ecos, ¡ay! de aquellos cánticos, dilatándose por el espacio, se irían a cruzar con las primeras ráfagas de aire tempetuoso que anunciaban sordamente un conflicto armado más universal y mortífero que el desatado a los pocos días del Congreso de Lourdes. Ese Congreso será el que tras sí no traerá próximamente otro. Habrán de pasar catorce años antes de que el Rey Pacífico sea glorificado con una manifestación eucarística internacional. Tal vez, para los que a la nación húngara peregrinaron aquel año, los poéticos himnos del Congreso, cuyas letras hablaban ya de guerras, les sonarían pronto a tremendas elegías. Aún las escuchaban: «En fraticidas guerras arden las naciones de este siglo, y en tempestades de odio se agitan los pueblos. Aplaca, oh dulce Eucaristía, este furor: quita las guerras tristes; enséñanos tu amor»!

El hombre providencial que, al cabo de nueve meses, había de recibir, con la suprema dignidad pontificia, la cruz de pilotar la nave de San Pedro por entre los mares de sangre de la segunda guerra mundial; ése mismo iba a presidir como Legado del Papa el último Congreso de la segunda etapa de los Congresos de la Eucaristía.

Orador de Pentecostés llamó alguien al Cardenal Pacelli por haber hablado aquellos días en siete idiomas. El discurso que pronunció en la sesión de clausura—2 de mayo—en la plaza de los héroes—Heldenplatz—ante trescientos mil oyentes, en correcto alemán, explanó el dicho de Cristo *Eritis Mihi testes,* habréis de dar testimanio de Mí a la faz de todo el mundo. ¡Cuántos de los que aquel día le oyeron, hubieron de dar, efectivamente, testimonio de su Fe, pasados pocos años, al ser su amadísima patria ocupada por los enemigos de la Iglesia de Cristo! Aquel Congreso, en las miras de Dios, iba a preparar futuros mártires. El Pan de los fuertes los robustecería para pelear la buena pelea.

Pero en aquellos últimos días del riente mayo, el pueblo húngaro acariciaba pensamientos de alegría santa, y no de aflicción. Por toda la elegante ciudad de Budapest—, quizá la ciudad más graciosa de Europa—reinaba la animación propia de la víspera del Congreso; y los peregrinos, procedentes de treinta y siete países, se disponían a esparcirse por las engalanadas calles desde las distintas estaciones, a las cuales habían llegado o habían de llegar dos mil trenes especiales. Los extranjeros se hacían luego lenguas de la proverbial amabilidad y atenciones de los húngaros.

El distintivo peculiar que marcó las actividades de este Congreso fué que, no contentos los organizadores con la preparación de los actos que nunca faltaban en los tales Congresos, se ufanaron en sorprender a sus visitantes con números y espectáculos nuevos, que subrayasen el significado de la universalidad en torno de la Eucaristía. Misas preciosas y atrayentes en suntuosos ritos orientales; Conciertos eucarísticos, homenaje del mundo literario e intelectual al Santísimo, etc. Un pormenor también nuevo. La Policía exremaba su urbana benevolencia con todos los congresistas. Es que pocos días antes había hecho colectivamente los Ejercicios

espirituales, y oído, al final de ellos, una Misa solemne y comulgado. Otro pormenor, muestra de que se estaba en todo. La Regente, que llevaba la Presidencia del Congreso, pues el Regente era a la sazón un protestante, había dispuesto un *Día de Plato único,* con el fin de que se recogiesen limosnas para que también los pobres festejasen los días del Congreso con alegría. *Simul in unum dives et pauper,* como lo cantó el Salmista.

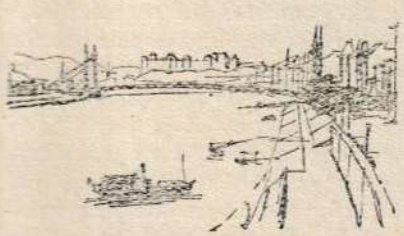
Téngase en cuenta que por entonces—año 1938—estábamos los españoles en plena Cruzada nacional, para poder valuar lo que agradecerían nuestros compatriotas en aquella ciudad extranjera, las indubitables señales de simpatía que les daban los buenos húngaros, al saludarles, cuando con ellos se cruzaban, con el saludo de *¡Eljen Ispania!* ¡Viva España!

Pero no distraigamos la atención de lo principal. Triple había sido la consigna o finalidad asignada a aquel Congreso. Expiación o desagravios por los sacrilegios y ofensas inferidas en todo el mundo a Dios y a la Iglesia; adoración pública de Cristo en desquite de las impiedades de cuantos niegan su Divinidad; unión de todos los católicos con el vínculo de la caridad, de que es prenda el Sacramento del amor, para contrarrestar los odios que en todas partes dividen a los espíritus.

Eco de tan cristianas aspiraciones, el himno del Congreso, que todos los húngaros aprendieron, porque todos los días se lo enseñaba la Radio nacional, lanzaba al aire continuamente sus acentos que decían: «*Penitentes te rogamos, oh Víctima de caridad, que apartes las sacrílegas olas de crímenes, y que, para expiarlos, nos unamos a Tí, centro de los corazones*». Y el estribillo repetía siempre: «*Cristo, que en este Sacramento eres vínculo de caridad: une en el testamentto de tu paz los corazones de todos*».

Tan fervientes loores y reparaciones amplificaron su fuerte resonancia en el misterioso silencio de la noche durante la fantástica procesión por el Danubio. Más de quinientas mil personas, sentadas a lo largo de las riberas, repetían los vítores preludiados por los que en embarcaciones iluminadas daban escolta de honor a la más elegante de las naves, en cuya popa aparecía la Custodia. Sobre el histórico río, ancho allí de 300 a 600 metros, los siete puentes cercanos parecían asomarse con sus ojos de luces. El momento en que una gran luz surcó el cielo nocturno y un estampido advirtió que el cortejo naval empezaba a moverse, estalló espontáneo de todos los labios un prolongado aplauso, y toda aquella multitud prorrumpió en el vítor *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat!*

Y el órgano de la Academia, multiplicado por los megáfonos, como si fuese un órgano gigantesco instalado en el fondo de aquella catedral inmensa, lanzaba oleadas de armonías que se difundían por todo el inconmensurable auditorio, y recogía todos los ecos de las plegarias, himnos, aplausos, aclamaciones, panegíricos, clarines de plata, rumores exultantes, aguas surcadas, palpitación de corazones. Llegadas las embarcaciones al término del regreso, maniobraron para que saliesen todos los sacerdotes a tierra antes del Santísimo, para recibirle. Y quedó unos minutos la nave de Dios sola en medio del río, despidiendo rayos de luz, apagadas de antemano las luces de todas las demás. Sonó entonces un cañonazo de atención: tomó el Legado el Santísimo y dió con la custodia la bendición a todo aquel pueblo dichoso por poderse llamar un pueblo de Dios.



¡Qué mentís, tan clamorosamente rotundo y desafiador dieron los hijos de Cristo en aquella noche memorable, a las necias afirmaciones de que Cristo ha pasado ya, lo mismo que su Iglesia, pronunciadas en discursos y escritas en libros por los corifeos de la impiedad en lo que llevamos de siglo! Era el mismo mentís dado, ahora en un confín del mundo, ahora en otro, por todos los Congresos Eucarísticos. No parece sino que, por una fuerte inspiración del divino Espíritu, los fieles de la Iglesia católica se hayan ido dando cita en esas reuniones religiosísimas, para unir sus voces en un inmenso coro de alabanzas en honor de su Dios y de su Rey Jesucristo, tan humillado en vida terrena por sus enemigos, y tan humillado después, a lo largo de los siglos, por cuantos, en su soberbia ceguera, repiten el ingratísimo *nolumus hunc regnare super nos.*

Cuando se aproxima el XXXV Congreso Eucarístico de Barcelona

Cierto: la obra permanente de los Congresos Eucarísticos, obra realmente divina, ha venido a ser como una expresión elocuente, sensible, del universal—católico—deseo de que venga sobre el mundo el reinado social del Rey de los siglos: *Adveniat regnum tuum!*

El Congreso magnífico de Budapest quedó, como un recuerdo confortador y como una visión de cielo, en la memoria y en la mente de cuantos en él se hallaron. Al año siguiente, la guerra más mortífera y arruinadora extendió sobre el mundo su sombra fatídica. Nosotros, recién salidos de la cruzada, donde nuestra Patria se había enfrentado con el Comunismo internacional, y lo había vencido en sus tierras, nos vimos, por singular beneficio del cielo, libres del azote de la guerra mundial.

Agradecidos cordialmente a nuestro buen Dios, hemos pedido, como un honor ansiado, la gracia de reanudar los Congresos Eucarísticos. Esta España, objeto, a lo largo de estos últimos años, del injusto menosprecio de las naciones, va en este año a traer a hermanos de muchas naciones para que celebren, junto con nosotros, el trigésimo quinto Congreso Eucarístico en la ciudad de Barcelona.

Cristo, a quien sinceramente ansiamos honrar, honrará a su vez a su España. El ideal hermosísimo sería el conseguir que, unidas en espíritu las ciudades todas y todos los pueblos de nuestra Patria con los congresistas de Barcelona, celebrasen, en el día de la final procesión y clausura, sus respectivos Actos Eucarísticos. Así España entera, y no sólo una ciudad, aprovecharía tan bella ocasión para estrechar los corazones de todos sus hijos en un haz de colectivas adoraciones, y de reparación colectiva por todos los crímenes y sacrilegios cometidos en nuestro suelo por los enemigos de Dios y de su Cristo, y de acciones de gracias, asimismo colectivas, por el beneficio de haber vivido en paz, mientras casi todo el mundo se debatía en la más horrenda de las contiendas. El *Christus vivit et regnat in pace,* sería así la expresión de una realidad, tanto tiempo anhelada por los hijos de España y de la Iglesia católica.

Arturo M.ª Cayuela, S. I.

EL CONGRESO DE FATIMA Y LA PAZ

En sólo una semana, la segunda del pasado mes de octubre, podemos decir ocurrieron tres hechos de trascendental importancia para la renovación del mundo y el advenimiento de la paz. No consintieron éstos en extraordinarios preparativos, maniobras ni movimientos militares, ni en el establecimiento de sabias combinaciones políticas, ni en la consecución del equilibrio por medio de estables alianzas, o en los progresos de la movilización de industrias militares o el descubrimiento de nuevas armas más temibles que las ya conocidas hasta ahora; todo esto no resolvería en manera alguna la cuestión, ni tal vez tendría otro resultado que agravar las precarias condiciones sobre las cuales se asienta la pobre paz de que sólo disfruta una parte del mundo.

Tres fueron los acontecimientos, de muy distinto orden, pero de trascendencia positiva para la vida espiritual de la humanidad, y ocurrieron en tres distintos lugares del mundo: uno en la Cova da Iria, y fué la clausura solemne del Año Santo Universal, pública acción de gracias a Dios, nuestro Soberano Dueño y dispensador de todo bien, cuyo acto quiso Su Santidad el Papa que coincidiera con el 34.° aniversario de la última aparición de la Santísima Virgen a los pastorcillos Lucía, Francisco y Jacinta, o sea con el 13 de octubre; otro de estos acontecimientos tuvo lugar en Lisboa y constituyó como una especie de preparación para el anterior, fué el Congreso Internacional sobre "El Mensaje de Fátima y la paz", *celebrado durante los días 7, 8, 9, 10 de octubre; y, finalmente, el tercero y último de ellos, que se celebró en Roma en las mismas fechas citadas, prolongándose hasta el día 14, el «Congreso Mundial del Apostolado de los seglares». Todos ellos se integran en aquella cruzada sobrenatural a la que el Papa nos convoca continuamente y que es el único medio para conseguir una paz estable y verdadera.*

"Una lucha espiritual —*como la que en realidad está entablada*— debe hacerse con armas espirituales. Por ello el deber urgentísimo que incumbe a todos los cristianos, en primer lugar a la Iglesia de Cristo, es este: *EL DE TRABAJAR PARA LA CONVERSION DEL MUNDO.* Deber tan gravísimo, tan grande, que no puede en modo alguno ser cumplido por nosotros *(1). Sin dejar, pues, de usar los medios naturales de todas las maneras posibles, los cuales reciben sólo de la divina gracia su valor y eficacia para la propagación del Reino de Dios, hay que recurrir a los medios sobrenaturales, pues únicamente en ellos puede estribar nuestra esperanza, hay que buscar el verdadero auxilio, es decir el auxilio divino.*

Estos son los medios que señaló la Santísima Virgen a los tres niños:

"Yo he venido a exhortar a los fieles a que cambien de vida y no ofendan más a Nuestro Señor, que ya está bastante ofendido; a que *RECEN EL ROSARIO y HAGAN PENITENCIA* por sus pecados".

«*JESUCRISTO QUIERE ESTABLECER EN EL MUNDO LA DEVOCION A MI CORARZON INMACULADO*... Este será tu refugio y el camino seguro que te conducirá a Dios.»

«Para impedir (el castigo del mundo) vendré a pedir LA CONSAGRACION DEL MUNDO A MI CORAZON INMACULADO y la COMUNION REPARADORA los primeros sábados del mes. Si fueren atendidas mis súplicas, *RUSIA SE CONVERTIRA Y HABRA PAZ*» ...

"En Fátima brilló una nueva aurora de esperanza para el mundo entero", *ha dicho el Cardenal Arzobispo de Lisboa dirigiéndose al Congreso de Fátima.*

"Si se hiciere lo que os diré — *había prometido la Virgen*—, muchas almas se salvarán y habrá paz."

(1) Consúltese el importantísimo documento que nos llegó de Roma, publicado por CRISTIANDAD en el n.° 157 de 1 de octubre de 1950.

LA PAZ DEL MENSAJE DE FATIMA Y LA PAZ DEL COMUNISMO

Douglas Hyde es, en la actualidad, católico ferviente, y redactor del Catholic Herald; *hace sólo tres años era comunista y escribía violentas columnas en el* Daily Worker *contra la Iglesia y los católicos. Su obra* «I believed» *(Yo he creído) persigue la finalidad de dar a conocer el camino de su conversión y refiere su vida, sus experiencias en el seno del partido comunista y su salida del mismo y de su periódico, cuando se hizo católico.*

Nacido en Bristol, de familia metodista, sintió muy temprano vocación de misionero de dicha secta. A impulso de generosos deseos de reforma social, se adhirió por aquel tiempo al partido laborista, desde el que pasó al comunista cuando la lectura de la obra «The Challenge of Bolshevism» *(El reto del bolchevismo) aquietó los escrúpulos cristianos que sentía frente a él.* «Esta obra – *escribe* – tuvo para mi generación de comunistas la eficacia que hoy tienen para la nueva los libros y escritos del deán de Cantorbery». *Entonces acabó de perder las creencias que tenía para entregarse plenamente a la fe comunista y atea.*

Oigámosle referirnos la influencia que ejerció la Virgen de Fátima en el camino de su conversión, describirnos el verdadero rostro del comunismo y confesarnos cuál es la única esperanza que le queda ante la encrucijada histórica actual.

Habiendo sido, durante veinte años, miembro del Partido Comunista y durante varios años escritor comunista, el Mensaje de Fátima adquiere para mí un sentido muy especial y personal. Creo que este mensaje puede y debe llegar con el tiempo a muchos de aquellos que, como yo, han disipado varios años entre los comunistas. Creo también que las oraciones por la conversión de Rusia y por los comunistas están dando ya fruto.

Cuando fuí redactor del diario comunista *The Daily Worker* dirigía, sin cesar, desde sus páginas, acerbos párrafos contra aquellos a quienes creía enemigos del comunismo. Entre éstos incluía a todos los católicos; y así atacqué frecuentemente a la Iglesia católica. Desde todos los puntos de Inglaterra me llegaban publicaciones para que las denunciara.

Un día recibí en esta forma un libro titulado *Our Lady of Fatima,* de Monseñor Ryan. Una nota que lo acompañaba reclamaba mi atención sobre las páginas 90, 91 y 92, donde el autor aludía a Rusia y al comunismo. Mi corresponsal me pedía un contraataque. Pero, entonces, ya empezaba a sentirme influído por el catolicismo. Después de dar una ojeada al libro, aunque no fuera capaz de enten-

Cuantos en toda la amplitud del mundo os esforzasteis en aprovechar los inestimables tesoros del Año Santo, aquí, a los pies de la **Reina del Mundo y de la Paz**, con las más fervorosas acciones de gracias, renovad y confiadle los saludables propósitos concebidos en el Santo Jubileo; repetidle y confiadle las esperanzas, las súplicas y las ansiedades del mundo entero; y formad la resolución de descender de aquí **apóstoles del Dios de Paz**, para trabajar por ella **con el ejemplo de una vida cristiana renovada, con la oración incesante y con toda la posible actividad** que la providencia os depare.

(Del Radiomensaje del Papa en la clausura solemne del Año Santo Universal, 13 de octubre de 1951)

---

der, ni aun de admitir la posibilidad de tales acontecimientos sobrenaturales (yo era entonces aun ateo), decidí no atacarlo.

Me llevé el libro a mi casa y lo puse en mi biblioteca, entre los de Marx, Engels, Lenin, Stalin y de otros escritores marxistas. Ahora, al cabo de tres años, soy católico, y hoy día, aquel libro en el cual encuentro aún prendida con un alfiler la nota del comunista, se ha convertido en uno de mis más preciados tesoros. Lo he traído aquí a Lisboa conmigo, y me siento orgulloso de mostrároslo.

Creo que el que ha entendido el Mensaje de Fátima, alcanza más, con sus oraciones, por la conversión de los comunistas, de lo que muchos se atreverían jamás a pensar.

Para mí el Mensaje de Nuestra Señora de Fátima es el único apoyo para confiar y creer que, un día, el comunismo, que hoy divide al mundo, será vencido y Rusia se convertirá. Sin esta esperanza no hay esperanza, hoy, pues el comunismo triunfante, en poco menos de treinta años ha invadido la cuarta parte de la superficie del mundo, sometiendo a su dominación casi la tercera parte de la humanidad; y la marcha continúa.

Toda tentativa de aproximación a Rusia por parte de las naciones cristianas es desnaturalizada, y todos los esfuerzos para salvar el abismo que separa en dos el mundo moderno es explotado en favor de la causa comunista. No parece que exista medio alguno para evitar el futuro conflicto que pudiera ser la exterminación de la raza humana. Sólo el conocimiento de que puede ser hallado el camino por medio de la oración y la penitencia, libra de la desesperación a aquellos que conocemos la naturaleza, la fuerza y el carácter diabólico del comunismo.

El comunismo es diabólico. Es tal vez la cosa más malvada que el mundo ha conocido. Hablamos aquí "Del Mensaje de Fátima y la paz". No podríamos hallar mejor ejemplo de la perversidad esencial del comunismo que refiriéndonos al famoso "Mensaje del comunismo y la paz". Los comunistas en este momento prostituyen la misma palabra PAZ. A fin de continuar su conquista política y militar en el mundo, se está procurando encarnizadamente completar el desarme moral y material del Occidente. El arma que usan es la de las campañas pacifistas, cínicamente insinceras, dirigidas a debilitar la voluntad de resistencia de aquellos mismos a quienes buscan para destruir.

Toda campaña comunista en favor de la paz vale para Rusia más que los cañones y los tanques de asalto, y aun que la misma bomba atómica. Los comunistas han hecho de la paz un arma de guerra. Han hecho de la paloma de la Paz, que inunda sus carteles, un símbolo de odio y de astucia.

Esta es la técnica comunista. Dar a las palabras familiares y tradicionales un sentido nuevo y opuesto. Han identificado la palabra "paz" con "agresión comunista". Obispos, sacerdotes y seglares, porque se han negado a capitular ante el comunismo, son acusados de enemigos de la paz. Aquellos que siguen al Príncipe de la Paz, son denunciados como "traficantes de la guerra".

Durante la guerra civil española un comunista de renombre, al que yo conocía muy bien, disparó por la espalda, al entrar en fuego, sobre otro renombrado elemento de la Brigada Internacional que se había hecho sospechoso de "desviación" política respecto del Partido. Éste murió, pues, como un cobarde; mas, por razones de propaganda, se envió un reportaje a su sección del Partido en Londres, subrayando que había muerto como un héroe. Durante años, sus camaradas de sección han celebrado con orgullo el día de la muerte de su héroe local, y en las pancartas de sus desfiles proclamaban el hecho de que había muerto por la Libertad, la Paz y la Justicia.

Los hombres han hecho ya antes cosas parecidas. El pecar no es cosa nueva, pero, hasta el presente, sólo los comunistas han hecho una ciencia de tales cosas y han erigido una filosofía para justificarse. Lo peor respecto del comunismo es, sin embargo, que para sus fines perversos no utiliza a los hombres peores ni de cualidades menos relevantes; al contrario, recluta algunos de los más perspicaces, de los más inteligentes y agudos de nuestra generación; exige cualidades excelentes, lealtad, don de sí y entrega al sacrificio, el idealismo de la juventud y el deseo de cambiar el mundo, y los utiliza para sus malvados fines.

Esto solamente ha sido posible porque en todo lo que un día fué la Cristiandad existen millones de hombres y mujeres sin ideal ni para vivir ni para morir; que carecen de objetivo y de sentido; que en nada creen como no sea en sí mismos. Es en este vacío espiritual donde prende el comunismo. El comunismo es producto del paganismo moderno hijo de la incredulidad. El vacío que abre la puerta al comunismo se ha convertido potencialmente en la cosa más peligrosa de la tierra.

Para acabar con la amenaza comunista este vacío debe llenarse — y esto se hará como lo ha proclamado Nuestra Señora de Fátima — con la oración y la penitencia de los que tienen fe. Sólo este mensaje garantiza hoy día la posibilidad de la paz por la derrota del comunismo y el retorno de la Cristiandad.

(De la Comunicación leída al Congreso Internacional del Mensaje de Fátima, por Mr. Douglas Hyde)

Es en este vacío espiritual donde el comunismo prende. El comunismo es producto del paganismo moderno hijo de la incredulidad.

(Del Discurso de Douglas Hyde al Congreso sobre «Fátima y la paz»)

¡Pobres miopes, cuyo estrecho campo visual no se extiende más allá de las posibilidades de la hora presente, ni más allá de las cifras que dan los potenciales militares y económicos!

(Del Radiomensaje navideño de S. S. Pío XII al mundo, pronunciado en 24 de diciembre de 1951)

EL MENSAJE DE FATIMA Y LA FAMILIA

SIENDO la familia la base del orden social y, asimismo, del orden humano, la paz entre los hombres supone ante todo la paz en la familia.

La familia es a la vez la encarnación del espíritu y del amor y la espiritualización de la carne. No es solamente una unidad económica y jurídica, es una unidad espiritual. Esto es lo que nos recuerda tan oportunamente la última aparición de Fátima de 13 de octubre de 1917, revelando a los modestos hijos de familias cristianas numerosas los esplendores de la Sagrada Familia.

En el seno de un mundo viciado desde el principio por el pecado original y corrompido por el individualismo, el materialismo y la inmoralidad, la paz de las familias choca con numerosos obstáculos: Exige condiciones de diversos órdenes.

Condiciones de orden material y económico: un mínimo de bienes temporales es necesario para la práctica de las virtudes familiares, para la transmisión ordenada y fecunda de la vida, la educación de los hijos. Los pordioseros y la miseria engendran la decadencia física, la degradación moral, la rebeldía. Por esto conviene aplaudir las iniciativas gubernamentales, profesionales u otras que, en los diversos países, tienden a multiplicar los alojamientos sanos y a desarrollar los sistemas de compensación y de sobresueldo con miras a asegurar para todos la posibilidad de vivir dignamente dentro del cumplimiento integral de sus deberes familiares.

Condiciones de orden jurídico e institucional: Allí donde la legislación y las instituciones del medio social desconocen la necesaria y bienhechora disciplina del matrimonio indisoluble, favorecen el adulterio y el divorcio, asimilan a la concubina con la esposa legítima, atentan a los derechos primordiales de educación que tienen los padres y fomentan o toleran las propagandas en favor del libertinaje y la esterilidad; allí las familias tienen tendencia a desentenderse de su misión providencial y de la observancia de las leyes divinas de la vida y, en consecuencia, a alejarse del camino que conduce a la verdadera paz.

Condiciones especialmente de orden moral y espiritual: Aquí es donde se manifiesta principalmente la incomparable fecundidad del Mensaje de Fátima. La paz de la familia encuentra sus factores más eficaces en el espíritu de sacrificio, en la caridad cristiana, en la oración. Supone la aceptación valerosa no solamente de las cargas del matrimonio y del estilo más austero de vida que imponen a las familias numerosas, sino también la aceptación de los sufrimientos y las renuncias cotidianas que son inseparables de la vida en común y que condicionan las pesadas tareas de la educación de los hijos. Sólo el amor —un amor que a través de los cuerpos vea las almas unidas, redimidas por Cristo, y las quiera ayudar a realizar su destino sobrenatural— permite encontrar en estos sacrificios cotidianos, sin los cuales no hay paz familiar, la alegría y la felicidad. La oración en familia es la manifestación más alta y más completa de esta unión familiar perfecta, base terrestre del orden sobrenatural.

De la comunicación leída por el Dr. Manuel Coniot

LA FAMILIA CRISTIANA CIERRA SUS FILAS

¡Hay núcleos de selección, en Francia! ¡Hay grupos animados de verdadero espíritu apostólico, que luchan con mil dificultades, entre incomprensiones por todas partes, bajo los ataques de los adversarios... ya aun de algunos, también católicos! Todos los *ismos* peyorativos, aquellos que ni se perdonan ni se matizan en buena teoría de la «caridad» democrática, se les achacan... Pero ¿no es la contradicción un crisol de la autenticidad? Y no les faltan también consuelos: Pío XII concede audiencia privada a alguno de ellos y les *lee*, para mejor ceñir su doctrina adecuándose a la importancia de la materia, el discurso de que se habla en el texto que damos a continuación.

Esta «*élite*» del catolicismo francés ha sabido rehuir la peligrosa tentación de *la moda*, en que otros han caído, adentrándose así en un verdadero piélago erizado de escollos.

Ella ha sabido ajustarse a la actitud que formula Su Santidad el Papa en su último discurso, el que publicamos traducido en la «separata» del presente número de CRISTIANDAD:

«No es este el momento de discutir, de buscar nuevos principios, de señalar nuevos objetivos ni metas. Unos y otros, conocidos ya y afirmados en substancia por haberlos enseñado el mismo Cristo, esclarecidos por la secular elaboración de la Iglesia, adaptados a las circunstancias inmediatas por los últimos Pontífices, no aguardan más que una cosa: la concreta actuación».

... *«¿De qué serviría el conocer y decir que Dios es Padre y los hombres hermanos, al propio tiempo qne se temiera toda intervención Suya en la vida privada y pública? ¿De que valdría disputar sobre la justicia, sobre la caridad, sobre la paz, si la voluntad se hallase ya resuelta a rehuir la inmolación, el corazón determinado a encerrarse en soledad glacial, y si nadie osase romper, ante todo, las barreras del odio que divide, para correr a ofrecer un sincero abrazo? Todo esto no haría más que acrecer la culpabilidad de los hijos de la luz, a quienes será menos perdonado, si hubieren amado menos. No con semejante incoherencia e inercia cambió la Iglesia en sus comienzos la faz del mundo, y recogió la admiración y la confianza de los pueblos».*

Mr. Pedro Lemaire "Padre de familia" francés, director de la revista *Paternité*, de Angers, ha hablado recientemente en Bruselas:

"Estoy al frente de una fábrica metalúrgica. Allí me daba cuenta, en concreto, de la descomposición de las masas, que se manifiesta en la pérdida del sentido del trabajo, de la propiedad, de la familia. Muy pronto se convirtió esto en mi pesadilla. Pero, al mismo tiempo, comprobaba que, en un plan fundamental, obscuro, desconocido —cuyas virtualidades no estaban explotadas—, obreros y patronos (en realidad, hombres) podían volverse a identificar en un plano común. ¡El plano de la paternidad! Los hombres en tanto que son responsables de sus hijos. Los mismos cuidados y las mismas angustias. Cuando uno de nuestros hijos está enfermo, cuando otro tiene éxito, cuando llega el momento de orientar a un joven en el umbral de su vida, entonces todos los hombres se parecen. No hay dos clases enemigas, sino una sola y misma familia, que procuran dividir y explotar, quienes están desligados de toda carga, de todo honor familiar.

"Ante ello, algunos nos hemos unido estrechamente. Partiendo de la base de esta angustia sobre el porvenir de nuestro hogar."

Más adelante, Mr. Lemaire se levanta contra la distinción arbitraria de los fines del matrimonio (querella tan antigua como artificial). *"Su fin principal es, evidentemente, la procreación y la educación de los hijos. ¿Quién no se da cuenta de que en caso de poner el fin principal del matrimonio en la "plena eclosión de los esposos", la familia, prácticamente, se debe anular?*

"...Nuestra sociedad corre peligro de agostarse. La familia ha abdicado su misión. ¡La gracia no está ya allí para defender al hombre!" Y el conferenciante insiste aquí, de modo vigorosísimo, sobre los efectos de esta gracia, demasiado olvidada, del sacramento del matrimonio; cuando se evitan los hijos, su ausencia hace que la gracia no levante el hombre sobre sí mismo, pues en principio se da con miras a la educación de aquellos. Esta idea es un chorro de luz; la gracia trabajando, ejercitando al hombre en tanto que es responsable de otros hombres, en tanto que es padre o madre ¿Y qué más evidente que esto? Es, en tanto que son padres, que se salvan los esposos, que participan de la caridad.

El conferenciante se lanza entonces a una magnífica exposición del sentido de la responsabilidad paternal, profundizada por el sentido religioso.

"...Suponed que un niño se condena —dice—; *si sus padres no han hecho todo lo posible por él, ¿se salvarán ellos?*

"Como comprendéis, es esta angustia constructiva la que dió origen a nuestro movimiento. Cuando se ve a estas familias cristianas sofocadas en una sociedad paganizada, ¿no se dice uno que sólo la gracia de esposos cristianos las puede sostener?"

Mr. Lemaire puntualiza con vigor y emoción el lugar del padre en la sociedad. Y nos trae a la memoria *"Fuerza y debilidades de la familia"*, donde Jean Lacroix pinta nuestro mundo desquiciado bajo el signo del "Asesinato del Padre". Un mundo que ha arrojado la paternidad, en el jefe del Estado, en el patrono, en el jefe de la familia. Un mundo donde cada uno cree poder ser hermano del otro, sin que filiación alguna justifique tal vínculo...

"El padre que dimite su autoridad entrega la sociedad al marxismo. En verdad, ¿qué es una sociedad en que el padre ha abdicado o la familia ya no encuentra coherencia alrededor del padre? Es una sociedad marxista."

* * *

Así, pues, al día siguiente de la liberación, algunos padres se han agrupado alrededor de Mr. Lemaire. El temor de que su impulso se perdiera entre los discursos, las abstracciones, les ha hecho buscar inmediatamente un punto de aplicación práctica. Estando de acuerdo en que los manuales escolares eran en gran número inadaptados a los niños, resolvieron aplicar especialistas a la obra y comenzar por este aspecto la reforma. En su lenguaje familiar y gráfico, el conferenciante explica:

"Hemos tratado de hacer manuales que sean comprendidos... ¡hasta por los padres! Nos hemos dicho: "Un profesor va a recorrer toda Francia para ver lo bueno que se haya hecho en este sector." Dedicamos varios hombres a esta tarea. Al cabo de algunos meses, con sus manuales en la mano, hemos visitado los editores. Contestación: "Estos libros no se ajustan al programa." Hénos, pues, improvisados editores. Hoy día algunos de nuestros manuales para los de primaria tienen una tirada de 30.000 ejemplares."

Más adelante, caracterizando el espíritu que anima *Paternité*, el movimiento familiar dirigido por él, Mr. Lemaire pronuncia estas palabras:

"Siempre se busca adaptar la religión a los que no la tienen. Pero humanamente, nuestra vida, nuestro esfuerzo, sabido es que se hacen "imposibles". En vista de ello, nos proclamamos francamente cristianos. ¿Neutrales? ¿A qué? Inmediatamente se verá que no lo somos. Nosotros somos de los que sin reservas se dan plenamente al esfuerzo, pero que, ante los obstáculos humanos, una vez que hemos hecho todo cuanto estaba de nuestra parte, decimos a Dios "Ahora Vos; Vos tenéis la palabra". Queremos ser gentes de esta fe. Fuera de esta fe no hay cristianismo filial y viviente.

"...el problema de la sociedad es el problema de la familia... Cuanto más grandes son las responsabilidades del padre, más fuerte debe ser su autoridad. El padre no tiene derecho a desentenderse de lo que es necesario a sus hijos; y aquella autoridad paternal les es más que necesaria: indispensable."

Evocando la fermentación espiritual de las selecciones, M. Lemaire declara: *"Existe en este momento una cristiandad en profundidad que es prodigiosa. Se desenvuelve en las catacumbas; los periódicos no hablan de ella en absoluto. Este trabajo espiritual está como recubierto de una corteza negruzca y espesa; nuestra sociedad es laicista; pero estas condiciones nos prestan un gran servicio. Nosotros no nos replegamos ante la amenaza del porvenir, persuadidos de estar, en realidad, ante una cristiandad que empieza,* en vísperas de una gran aurora."

Caracterizando el estado de espíritu de los padres de familia franceses agrupados en torno a la revista *Paternité*, Mr. Lemaire tuvo estas palabras:

"Lo queremos todo y en seguida. Porque, como decía uno de nuestros amigos: ¡En mi casa, cada año, mis hijos tienen un año más!"

* * *

Trata de la audiencia concedida el 19 de septiembre último por el Papa a los miembros de su movimiento.

"Nosotros carecíamos de representación, veníamos a Roma como padres y madres de familia, apoyados en la gracia."

Describe la audiencia del Papa en Castelgandolfo, expone su acogida verdaderamente paternal:

"Deseaba que nos sintiésemos en familia. Los guardias abandonaron la sala, rompiendo con la etiqueta usual, y las puertas fueron cerradas. Teníamos la sensación de vivir una especie de Pentecostés. Los padres de familia que estaban presentes comprendían que habían venido a oír una palabra esencial. Y el discurso del Papa era tan importante, que nos fué leído. Ya conocéis su texto: sin duda, es uno de los más severos discursos de su pontificado." (1)

(Nuestros lectores saben que el Papa condena allí cierta literatura católica sobre la intimidad conyugal.)

"...Al fin nos preguntó: "Es que, verdaderamente, ¿no he sido demasiado severo?" M. Pierre Lemaire repitió la pregunta ante esos numerosos padres de familia que le acompañaban, y no encontró ni una sola palabra de censura.

"Se oye decir en París —prosigue el orador—, "el *Papa no conoce nada sobre estas cuestiones". ¿Y todos aquellos padres de familia que estaban allí, tampoco ellos las conocen?*

"—¡Es preciso que esto acabe! —dijo con fuerza. Era necesario que fuese públicamente reprobada esa literatura que pretende elevar nuestras almas y las hunde en el cieno."

En términos vehementes, comentando el discurso del Papa, Pierre Lemaire expresa la vergüenza de una tal literatura que ha borrado la frontera entre la educación sexual y el erotismo pagano. Demasiado numerosos son,

---

(1) Aunque no forme parte de nuestra «Colección de Documentos Pontificios de 1952» CRISTIANDAD lo publicará próximamente por su extraordinario interés para orientación de sus lectores.

Cuando con particular insistencia inculca la Virgen el Rosario en familia, parece decirnos que es en la imitación de la Sagrada Familia donde se halla el secreto de la paz en el hogar.

(Del Radiomensaje del Papa con ocasión de la clausura del Año Santo Universal, 13 octubre 1951)

La paz no puede estar asegurada, si Dios no reina en el orden del universo por El establecido y en la sociedad de los Estados debidamente organizada, en la que cada uno de ellos ponga en práctica, en el interior, la ordenación de paz de los hombres libres y de sus familias, y en el exterior, la ordenación de paz de los pueblos, que la Iglesia garantiza.

(Del ya citado último Radiomensaje navideño)

---

en Francia, los libros salidos de medios católicos, y que "turban profundamente a los prometidos, a los jóvenes esposos".

Tales obras hacen perder de vista el fin principal del matrimonio, que es la educación de los hijos. Exageran con mucho la importancia de la sexualidad en la vida. Su modo de exponer estos problemas tan delicados es de inspiración pagana.

"... *La encíclica* "Casti connubi" *ha sido superada, llegan a decir ciertos católicos. Éstos son los que añadirán que las "alegrías del hogar" fecundo, las sanas alegrías del hogar cristiano, implican hoy una experiencia loca...*"

Y Pedro Lemaire entronca toda esta corriente de literatura — profundamente erótica (bajo el aspecto de no sé qué espiritualidad desviada del matrimonio) — con la obsesión sexual, característica de nuestra época.

"*Esta obsesión* — puntualiza — *que ha preparado la revolución española... ¿Sabéis que los comunistas habían recibido la orden de centrar todo su esfuerzo en la pornografía? Sabían bien que cuando el alma está gangrenada en este aspecto, nada en el hombre puede resistir.*

"... *Nos hemos engañado* — exclama —: *los goces del matrimonio no son lícitos y buenos más que en la medida que respetamos la ley de Dios. Y ahora, la orden del Papa es de ir contra corriente. En la sumisión a la jerarquía.*"

Palabras de Pío XII concernientes a la literatura de iniciación sexual

Es este un terreno en el que con urgencia trágica, se impone educar a la opinión pública; su rectificación se impone con una urgencia trágica. La opinión se encuentra, en este terreno, pervertida por una propaganda que no ha de dudarse en llamar funesta, aunque emane, esta vez, de fuente católica y trate de actuar sobre los católicos, y aunque los que la propagan estén, sin darse cuenta ellos mismos, obrando ilusionados por el espíritu del mal.

Nos referimos a los escritos, libros y artículos, relativos a la iniciación sexual, que con frecuencia obtienen hoy día enormes éxitos de librería e inundan el mundo entero, invadiendo la infancia, sumergiendo a la generación que crece, y turbando a los prometidos y jóvenes esposos.

(...) Esta literatura, para darle este nombre, no parece tener en cuenta la experiencia general, de ayer, de hoy y de siempre (por estar fundada en la naturaleza) que atestigua que en la educación moral, ni la iniciación ni la instrucción, presentan, de sí, ninguna ventaja, sino que, por el contrario, es en gran manera malsana y perjudicial, si no está estrechamente ligada a una constante disciplina, a un vigoroso dominio de sí mismo, al empleo, especialmente, de las fuerzas sobrenaturales de la oración y de los sacramentos. Todos los educadores católicos dignos de tal nombre y de tal misión, saben bien la influencia preponderante de las energías sobrenaturales en la santificación del hombre, joven o adulto, soltero o casado. De ello, en estos escritos, apenas se insinúa una palabra, si no es que se guarda un silencio absoluto.

Uno no puede menos de complacerse ante una puesta en guardia, un alerta tan enérgico, lanzado por el Padre común de los cristianos.

Estamos, desde hace algunos años, en una verdadera marea de literatura sobre la sexualidad. Es una moda, es una verdadera puja. Muchos católicos, así lectores como autores, han tomado un gusto que no siempre es puro. Se proponen recetas — las últimas de las cuales repugnan particularmente a la conciencia cristiana — de prácticas que pretenden conciliar la vida del espíritu y la vida de los sentidos, cuya exposición, con frecuencia indiscreta y de tono casi licencioso, tiene por resultado, en los espíritus, disociar radicalmente la indispensable ascesis conyugal de las alegrías más legítimas del matrimonio. Se proponen "técnicas" allí donde es el espíritu el que debe presidir. Se mecaniza todo un sector delicadísimo de la vida íntima de los esposos. Se le sustrae así, por diferentes maneras, del predominio de la vida espiritual, de la vida de oración. Se llega a crear un estado de espíritu hostil al esfuerzo cristiano. Es preciso ser muy cándido para no ver que ciertas obras, muy extendidas, aun firmadas por sacerdotes, donde se exponen las reglas de la continencia periódica con un gran lujo de consideraciones inútiles, en lugar de resultar, como era el propósito de sus autores, ocasiones de mayor generosidad espiritual, para la mayor parte de los lectores no sirven más que de pretexto y excusa para una generosidad minimizada.

"*Purificad la fuente.*" Intensifiquemos primero nuestra vida de oración, nuestra vida sacramental; y lo demás — aun en lo material — nos será dado por añadidura. Es toda una orientación a rectificar. Un acento a desplazar.

Los cristianos — especialmente aquellos que son responsables de los jóvenes — harán bien en meditar esta importante intervención del Papa, a la cual las revistas belgas o francesas que tienen por objeto el matrimonio y la familia le han hecho (cosa curiosa) bien poco eco.

Jacques Biebuyck

De «Construire», Enero 1952.

Ante todo aquella mirada convencerá a cualquier observador imparcial de que el nudo del problema de la paz es, al presente, de orden espiritual, es una falta o defecto espiritual. **Demasiado escasea en el mundo de hoy el sentido profundamente cristiano, demasiado pocos son los verdaderos y perfectos cristianos.** De este modo los hombres mismos ponen obstáculos a la actuación del orden querido por Dios.

(Del mismo Radiomensaje navideño)

La bibliografía ignaciana y el Papa teatino Paulo IV (*)

La biblografía ignaciana se enriquece periódicamente con aportaciones valiosas, críticas unas veces, de divulgación otras, en las cuales ilustres autores contornean el retrato y enaltecen las virtudes del glorioso fundador de la Compañía de Jesús.

A los elogios — no siempre unánimes — tributados por la crítica a estas publicaciones no he podido — a pesar mío — sumarme ni una sola vez, por la falta de objetividad con que se enfoca, a mi entender, la figura de Paulo IV, el Pontífice de la Reforma, y eximio cofundador de los Clérigos Regulares.

Evito el tono polémico y las alusiones personales, dado el carácter de esta revista. Pero entra de lleno en sus fines de difusión del reino de Cristo y defensa de las prerrogativas y los derechos de la Sede Apostólica acoger el llamado de alerta a quienes consagran sus plumas a los ideales del apostolado, para no hacer, con fútiles razones e infantiles pretextos, el juego a nuestros enemigos, especialmente cuando se trata del Pontífice teatino, figura señera de un período, pródigo en nombres gloriosos y actuaciones transcendentes.

Mucho se ha especulado, no ya por los enemigos francos de la Iglesia Católica, sino por otros adversarios, más temibles, por encubiertos, como el liberalismo católico y el *regalismo* más o menos volteriano, con la histórica figura de este Pontífice venerable. ¿Qué pensaban y decían de este ilustre compañero de San Cayetano de Thiene los que en vida le trataron y conocieron de cerca?

Sebastián Giustiniani, embajador de Venecia ante la corte de Inglaterra desde 1515 hasta 1519, en carta a Erasmo de Rotterdam de día 20 de junio de 1517, le dice entre otras cosas: "Me causarás gran placer si visitas al Obispo de Chieti, persona insigne por su doctrina y santidad de costumbres... No puedo menos de desear la amistad de este varón, en el cual uno encuentra todas aquellas cualidades que conducen a la virtud y abren camino a la felicidad. Sus maneras son alegres, su inocencia singular, su gravedad venerable. Es dulce, afable, jovial. Su cultura es múltiple y profunda... Nada hace que no sea razonable. Todas las cosas mide y pesa. Ningún gesto hay en él, ninguna actitud en su cuerpo que no sea bella, elegante, llena de ingenuo pudor; ninguna palabra que bien no suene... Siempre le profesé admiración y *me lo propuse por modelo, ya que sólo verle o recordarle me era estímulo a* la virtud." (Allen — P. S. —, *Opus epistolarum Desiderii Erasmi Roterodami*. Oxford, 1926, t. II, pág. 506.)

Pero son de la pluma misma del autor de *De Elogio Stultitae* las siguientes frases de una carta de 21 de mayo del año 1515 al Sumo Pontífice León X. Después de recordar cómo Carafa le estimuló a publicar las obras de San Jerónimo, dice Erasmo del obispo de Chieti: "¿A quién no logrará persuadir la singular elocuencia de este hombre sin igual? ¿A quién no moverá la autoridad de un prelado tan íntegro? ¿A quién no inflama la piedad de este óptimo personaje? Al conocimiento no común de las tres lenguas, a su extraordinaria cultura en todas las disciplinas, especialmente en teología, añade este joven prelado tal integridad de costumbres, tanta santidad y modestia, tanta jovialidad y simpatía dentro de la mayor gravedad, que es lustre de la Sede Romana, y para el pueblo británico modelo de toda virtud" (ibíd., t. II, pág. 87).

Y en otra carta al propio Carafa de 21 de agosto de 1517 le apellida sin ambages "HONOR DE LAS LETRAS Y DE LA RELIGIÓN" (ibíd., t. III, pág. 52).

De tonos más destemplados es la siguiente misiva del Embajador de Mantua ante la Santa Sede, el "mundano" — el calificativo es de L. Pastor —, el mundano Fabricio Peregrino, escrita el 29 de enero de 1537, exponente revelador de la reacción provocada en ciertos sectores romanos por las primeras intervenciones del cardenal teatino en la reforma eclesiástica: "Ya comienza el cardenal de Chieti a hacer sus beatías — *delle sue santimoniade* —, y a pretender, en consistorio, que los cardenales *no deben tener más de un obispado*, de forma que la mayor parte de ellos le han hablado claramente, dándole a entender que se erigía demasiado pronto en tasador del Sacro Colegio, y que no era quien, ni mucho menos, para trazar normas a nadie, ni para decir lo que el Papa puede, y lo que debe o no debe hacer. Le gastaron términos y frases con que se le hizo saber que habría hecho mejor en seguir su vida de antes, y que, en todo caso, estaba a tiempo de volverla a emprender." (Cfr. mi obra *San Cayetano de Thiene, Patriarca de los Clérigos Regulares*. Barcelona, 1950, páginas 585-586).

A tono con el lenguaje de este "mundano" diplomático, se han producido los detractores del Papa de la Reforma, desde el procaz Pedro Aretino (cfr. *San Cayetano*, etc., cit., páginas 287-288), pasando por los curiales aseglarados, bien hallados con sus pingües oficios, a quienes infundía espanto la simple palabra "reforma" (ibíd., pág. 445), los *regalistas* — ¡ahí, ahí! — conscientes e inconscientes, en todos sus grados y matices (ibíd., páginas 671 y sigs.), los católicos liberales, hasta los forjadores de la leyenda del antijesuitismo del Pontífice. Con todo y haber confesado, a la hora de la verdad, que había muerto "como un santo", o, como había vivido, hablando en puridad. "Hasta sus propios enemigos confiesan que murió como un santo", escribía a los pocos días del fallecimiento del Papa a los jesuítas de Génova el P. Diego Laínez, Prepósito General de la Compañía de Jesús, quien, con el cardenal teatino Bernardino Scotti y otros clérigos regulares, se había hallado presente a la muerte del Pontífice (ibíd., página 693).

Al intimarle en cónclave Juan de Mendoza, enviado de Carlos V, el veto imperial, respondió el cardenal Carafa que el Emperador no podría impedir su elección, si Dios la quisiese, y que, en este caso, tendría él la ventaja de ser deudor a solo Dios de su exaltación. Y así fué. Pese a la exclusiva del César y a la abierta hostilidad del partido hispano-imperial, aquel hombre de austeras costumbres y de tendencias diametralmente contrarias al espíritu de la época, que personificaba el más rígido punto de vista del partido de la reforma, y que era, por su inflexible rectitud y apostólica entereza, generalmente

(*) Con motivo de la publicación de la reciente obra de Christopher Hollis sobre San Ignacio de Loyola.

temido, incluso en el Sacro Colegio, quedaba constituído cabeza de la Cristiandad por *adoración unánime* de todos los cardenales, día 23 de mayo de 1555.

Si la historia se repite, el cónclave de 1903 que dió a la Iglesia a Pío X, el Papa *"restaurador de todas las cosas en Cristo"*, diríase la reproducción del que, en 1555, dió a la Iglesia a Paulo IV *"el Papa de la reforma católica"*. Si en 1555 se izó por primera vez en el colegio cardenalicio la bandera de protesta frente al intrusismo laical en la elección del Pontífice, la actitud de los purpurados, al iniciarse el cónclave de 1903, representa a todas luces la liquidación definitiva de la ingerencia civil en las más vitales zonas del régimen eclesiástico.

Cuando, en 1903, el cardenal austríaco Puzyna presentaba al sacro colegio el veto de Francisco José a la elección del cardenal Rampolla, éste, en gallarda actitud, levantóse para protestar de la intervención secular en el gobierno de la Iglesia.

Esta valiente resonancia, a la distancia de tres siglos, de la apostólica intransigencia del ilustre compañero de San Cayetano de Thiene frente al intervencionismo laical en la elección pontificia, fué audazmente recogida por el nuevo Pontífice Pío X en su enérgica constitución "Comissum Nobis", de 24 de enero de 1904, fulminando excomunión contra los poderes seculares o personas eclesiásticas que osaran poner cortapisas, en este aspecto fundamental, a la independencia de la Iglesia. Era la consagración más solemne de la directriz teatina, cuyo resultado inmediato, dichosamente a la vista, ha sido la afirmación de la personalidad de la Iglesia en la conciencia universal y el aumento de su prestigio a los ojos del mundo entero.

De haber prevalecido más a tiempo el punto de vista carafiano frente al intrusismo laical en los asuntos eclesiásticos, hoy no figuraría en los bularios el breve "Dominus ac Redemptor"—que dejó en la estacada la Compañía de Jesús—, exponente manifiesto del triunfo más deplorable del absolutismo real sobre la Iglesia y su Cabeza. "Se equiparó poco a poco la religión de Cristo con las falsas y se la colocó muy indecorosamente en el mismo plano; a continuación se la sometió al poder civil, y se la expuso casi del todo al capricho de los príncipes y de los magistrados..." (Pío XI en la encíclica "Quas primas" de 11 diciembre 1925).

Pero *"vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre glotón, bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores"* (Matth., 11, 18-19).

¿Por qué el patriotismo es "españolismo" en San Ignacio, y como tal se exalta, y con razón, y no es "italianismo" en el Papa Carafa, sino "antiespañolismo" (!), y merece todo vituperio a fuer de tara moral...?

Es irreverente e injusto tachar de antijesuitismo al Sumo Pastor de la Iglesia, porque, consciente de su responsabilidad en una época todavía no iluminada por los esplendores de Trento, centinela siempre en guardia contra las diarias emboscadas de los enemigos de la fe, aconseja primero, e impone después, estos o aquellos cambios en el régimen y estructura del Instituto ignaciano.

Pero la irreverencia y la injusticia rebasan toda medida cuando se achacan calumniosamente las referidas providencias a móviles inconfesables de parte del Papa Teatino. "El *gran señor* (!) se da por ofendido y llega al solio pontificio con la llaga mal curada..."

Partiendo de un obscuro supuesto — una carta de San Ignacio a un elevado pero desconocido personaje, que *Monumenta historica Societatis Iesu* identifica con el Padre D. Juan Pedro Carafa, miembro a la sazón de la comunidad teatina de San Nicolás de Venecia, prelado dimisionario del arzobispado de Brindis y del obispado de Chieti, pero que, por expreso mandato de Clemente VII, conservaba este último título, con todas las prerrogativas del orden episcopal — se ha llegado a conclusiones tan gratuítas como odiosas en relación con la persona del venerable compañero de San Cayetano de Thiene, ilustre cofundador de los Clérigos regulares y futuro Papa Paulo IV —. Y, como quiera que oportunamente expuse mi punto de vista con referencia a estas obras en mi artículo "La literatura ignaciana y el Papa teatino Paulo IV", aparecido en las columnas de la revista madrileña PROVIDENCIA (febrero 1948, págs. 30-33), a dicho trabajo me remito, en gracia a la brevedad.

No. Los tiros venían de otra parte. Nada menos que "de un jesuíta: de Nicolás de Bobadilla". El entrecomillado es de Pastor...

Todo lo contrario. Atento sólo al bien de la Iglesia y al cumplimiento atildado del beneplácito divino, pudiendo por una nueva bula imponer el oficio en coro y el generalato trienal, Paulo IV no lo hizo, con todo y saber que una orden suya dada "vivae vocis oraculo" no derogaba las bulas de los Papas anteriores. De seguro por pesar mucho en la conciencia del Pontífice — tal es mi opinión — tratarse de puntos substanciales del Instituto, con lo cual no veía claro cuál fuese en tales cuestiones — tan obscuras en aquel tiempo — la conveniencia de la Iglesia ni la voluntad de Dios. Con ello satisfacía los dictados de su conciencia, y dejaba a sus sucesores resolver, en definitiva, asunto tan delicado. Lógica actitud de un Pontífice que había escrito, años antes, a su hermana Sor María en parecidas circunstancias: *"Dios me da tal disposición, que recorrería sin miedo aunque fuese el mundo entero, sabiendo que es su beneplácito; pero no me atrevo a dar un paso sin tener claros indicios de la voluntad divina."* (Ibíd., pág. 496.)

En conclusión. Es infantil y temerario hurgar unilateralmente en puntos menos explorados de zonas neurálgicas de la historia. Ello podría conducir — lo tengo dicho antes de ahora — a resucitar viejas contiendas, las cuales — sinceramente lo creo — pondrían de manifiesto la rectitud de intenciones que animaba al Papa teatino.

D. A. Veny Ballester, C. R.

Las cinco ansiedades del Papa

El Arzobispo Godfrey, Delegado Apostólico en Inglaterra, en un discurso que pronunció en Edimburgo con ocasión de la consagración de Mons. Gray, nuevo Arzobispo de aquella ciudad, enumeró las cinco ansiedades del Sumo Pontífice en los días que corren:

1) La persecución contra nuestros hermanos en la fe, obispos, sacerdotes y seglares en las tierras dominadas por gobiernos hostiles a la religión.

2) La suerte de los niños, esperanza de la Iglesia en el futuro, y su educación en la fe cristiana; de aquí la necesidad urgente de escuelas católicas.

3) Los peligros que amenazan la familia, y que consisten en la degradación del matrimonio y de sus fines, y en la degradación de la mujer.

4) La invasión de la calumnia contra Dios y su Iglesia, por medio de la radio y de la prensa.

5) La cuestión social cuya solución fué apuntada por la Iglesia, para una equitativa orientación de los bienes del mundo.

"CUESTION SOCIAL" Y "CUESTION ECONOMICA"

BIEN COMUN, ESPIRITUALIDAD, SOBRENATURALISMO

Empecemos de nuevo. O mucho nos equivocamos o la palabra "espiritualidad" es una de aquellas expresiones donde muy a menudo se esconde hoy una hipocresía, cabalmente en la mixtificación que el espíritu burgués lleva a cabo cuando se pone a "hacer cultura".

La "espiritualidad" estrictamente personal, ha venido a ser masiva —y aceptamos cualquier sentido de esta palabra, incluso el que califica ciertas dosis de vitaminas—; ante lo cual o se adopta la boquiabierta actitud de un ¡oh! admirativo y sarcástico a la vez, que elimina definitivamente la posibilidad de juzgarlo ingenuo; o bien se deja resbalar por encima de nuestra inalterable sensibilidad progresivamente habituada a asistir a tan escandalosos alardes.

Pero siempre es tiempo de volver a clamar por el espíritu, por el cultivo del espíritu según el espíritu y no según la letra muerta. Sin él la espiritualidad será siempre moneda falsa porque está radicalmente negada a quien ríe para sus adentros la locura del "caballero del ideal".

El espíritu significa una realidad sobreañadida a la persona: lo que la constituye en su genuina dignidad. Casi diríamos un accidente implantado por la gracia en la raíz de la naturaleza humana, por el cual queda modificada la actividad toda de la persona al abrirse ésta a la amistad divina.

La vida sobrenatural es una existencia según el espíritu y divina aunque sólo sea en la medida de su divinización. Y es vida ideal, como ya lo hemos venido diciendo, porque vive en perpetua aspiración a la unidad suprema con su destino, pero también porque lo está realizando, viviendo, existencializando en sí mismo. No es una divinización metafórica, sino real. Ni consiste en un simple contacto, o en un mero parecido con la divinidad, sino en una unión o influjo directos. En una palabra: la vida del espíritu, en sentido estricto, es sobrenatural por lo que tiene de absolutamente gratuita.

Pero no olvidemos que estamos hablando de esta vida. Insistimos en ello. Si el ideal fuese algo periférico a lo social ¿qué sentido habría de tener hablar de él como algo que nos es dable perseguir? Perseguir ¿dónde y cómo sino precisamente en la sociedad, transfigurándola en su mismo ser de medio? ¿No será ideal una sociedad sobrenaturalizada?; ¿acaso entonces al bien común social no podremos llamarle sobrenatural y hasta cierto punto divino?

Si acabamos de llamar vida divina a la existencia personal divinizada sin que por eso hayamos, ni remotamente siquiera, pensado en identificar a Dios con la criatura; aunque Dios mismo continúe siendo, hablando rigurosamente, el bien divino, sin embargo, el bien común social apuntará siempre a confundirse con él, a divinizarse, y concretamente resultaría divinizado en cuanto la sociedad se nutriese de una verdadera vida espiritual y no de un vocablo estereotipado. Eso es lo que quiere decir una sociedad sobrenaturalizada.

No quisiéramos estar confundiendo dos órdenes de cosas, dos aspectos de la vida humana, dos clases de sociedad. Es un hecho que el mundo moderno ha asistido a una progresiva disolución de la Cristiandad medieval en el terreno de las realidades y en el de las ideas. Desde entonces se ha procurado ahondar las fronteras y delimitar, no sabemos hasta qué grado de exactitud y certidumbre, la jurisdicción de la Iglesia y el Estado.

La formidable antropofagia de los estados modernos, en este y en todos los aspectos de la vida humana, diseña el esquema político de nuestro tiempo. Con ello, al parecer, nos encaminamos inexorablemente hacia los valores humanos inferiores; e incluso de un modo consciente, porque se coincide en señalar, mejor diríamos en denunciar, el desnivel existente entre la altura de potencial científico y técnico de la humanidad respecto del propiamente espiritual o moral.

Pero nos habíamos colocado en el plano del ideal; de la tesis y no de la hipótesis. De aquí que la unidad e identidad personal de todos los factores humanos en el hombre nos conduzcan necesariamente a afirmar la interpenetración de aquellos dos órdenes, de aquellos dos aspectos, de aquellas dos sociedades en las que el hombre está enmarcado e inmerso.

Por lo menos es cierto que el Estado se propone fines naturales y temporales; y para perseguirlos y alcanzarlos emplea medios naturales y temporales. Pero además es verdad también que la persona desborda estos linderos. La situación que de esta suerte se plantea tiene no poco de paradójica y origina la tremenda dificultad del problema.

F. H.

NEGOCIOS CRISTIANOS Y ANTICRISTIANOS

La estructura del mundo económico actual tiende cada vez más a diluir, a transformar en impalpable, la responsibilidad moral en el campo de los negocios, y lo que es tanto peor, en el terreno de los conflictos sociales. Por un lado la Sociedad Anónima, por otro el Sindicato, absorben las fuerzas y los intereses en pugna del capitalismo y del asalariado.

Pero las cosas siempre existen en una concreción acusadora de su ser; en consecuencia, el mal no es, no puede ser anónimo.

Efectivamente:

«Las conclusiones que de la moralidad económica brotan, afectan fuertemente a muchos hombres de negocios, que apoyándose en ellas, deducen por cuenta propia que en el mundo de los negocios la Moral no tiene asiento propio, y que, por consiguiente, tanto importa la división de la vida privada y pública, como la idea de que siendo «el negocio negocio»—según frase corriente—el vigor de la moral queda en él totalmente inoperante».

«Pero ni las premisas ni las conclusiones ahí establecidas son ciertas. Porque en la práctica se ha de hablar, y no puede menos de hablarse, de una economía cristiana; y más aún, de negocios cristianos o anticristianos».

«La economía puramente matemática del día, razonadora en la esfera del puro cálculo, mientras en ella permanezca, puede no ser ni cristiana ni anticristiana. Ni las curvas de oferta y de demanda, ni las estadísticas en sus manifestaciones formularias, ni los gráficos determinados chocan con la moral.Esto es ciertísimo; pero también lo es, que la economía no es puramente teórica, sino a lo más en la clase y en el tablero, pero nunca en la práctica humana a la que la ciencia se endereza, y en la que necesariamente termina. Mal se podría hablar de una ciencia tan necesaria si no nos diera conclusiones y medios prácticos para la resolución de los horribles problemas que agobian al mundo. ¿De qué nos valdría la ciencia económica si sus hombres y profesores no pudieran arreglar los desastres de los sistemas monetarios, las agobiantes subidas de precios, el pavoroso problema del paro, y tantos otros como nos oprimen y asfixian en la vida?»

«Es aquí donde la Economía tiene

forzosamente que teñirse de moral. Por de pronto el hombre de negocios no es un economista teórico sino practiquísimo en cuanto que mejor que nadie sabe aplicar teorías y conocer realidades de su propia experiencia y situación, para deducir de ellas la cuantía de su ganancia. Y como todo acto humano, es, por fuerza, moral o inmoral; como de todo acto económico se puede preguntar si es justo o injusto, tropieza con la moral de la que no puede desentenderse un solo momento un hombre de negocios».

(De *S. I. C.*, Caracas. Enero 1951)

Dios no es nunca neutral respecto de los acontecimientos humanos ni ante el curso de la historia, y por eso tampoco puede serlo la Iglesia. Si ella habla, es en virtud de su misión divina, querida por Dios. Cuando habla y cuando juzga los problemas, lo hace con la clara conciencia de anticipar, con la virtud del Espíritu Santo, la sentencia que al fin de los tiempos su Señor y cabeza, Juez del Universo, confirmará y sancionará.

(Radiomensaje de S. S. Pío XII en la Navidad de 1951)

CRISTIANISMO SIN CRISTO

¿Quién podrá negar que bajo esta civilización materialista e inclinada sólo al lucro y al placer, sucumben de manera implacable centenares de hombres corroídos por la miseria y el dolor? ¿Quién que tenga un mínimo de entrañas podrá permanecer impasible ante la suerte de este rebaño de esclavos, deyección de un mundo hipócrita que se jacta de defender la libertad? ¡Ah! La protesta no puede menos que brotar de todo labio cristiano, porque el prójimo es imagen de Dios y el ultraje inferido a aquél en su dignidad gravita sobre su Creador, objeto pleno de nuestro amor. Sólo que a este grito tan noble y legítimo le vamos viendo perder día a día su más vital esencia renovadora y lo que ha de diferenciarle por entero de los tantos «ismos» en circulación.

»Estamos hartos de recetas legales y de «slogans» políticos y nos horroriza pensar que en el inventario de la botica del incurable comience a figurar como un medicamento más la doctrina social de la Iglesia, y a esto nos van llevando los que muestran el Cristianismo como un punto equidistante entre la «libertad» capitalista y la *justicia* marxista; los que se imaginan que amasando un fragmento de liberalismo con un pedazo de comunismo, construirán un mundo cristiano; o aquellos que, acomplejados por el poder creciente de la revolución, no quieren pasar por cortos ante el coro de la demagogia y hacen del mensaje evangélico una virulenta proclama de agitador callejero o huelguista sindical.

»¿Qué va quedando de Jesús en esta secularización de su palabra? Así como en los siglos pasados los filósofos llegaron a hacer de Dios un término vago que acabó por fundirse en la nada total, así también ahora Cristo va adquiriendo, por obra de ciertos reivindicadores de la justicia social, una fisonomía deforme y desdivinizada, preludio de su plena y total negación. En lugar de la mortificación, de la penitencia, de esa «metanoia» o conversión interior a la que urgía el Maestro para aspirar a su reino, se oye hoy en Su nombre publicar un optimismo fácil, un triunfo sin obstáculos ni sacrificios, en fin, el próximo advenimiento de un reino mesiánico tan liberado de injusticias y poblado de bienes materiales como el que anhelaban los judíos que rechazaron Su mensaje. Un falaz naturalismo se está infiltrando por entre las letras del Evangelio, comprometiéndole con la fugacidad del siglo y desestimando en él todas las exigencias y auxilios de estirpe divina.»

(De *Estudios*, Santiago de Chile. Octubre 1951)

«FILM» ROSA

No estará de más ponernos en guardia sobre un género de películas, las más de las que llegan a nuestros cinematógrafos, y precisamente las que los abarrotan; «films» que los críticos suelen calificar de «entretenidos». En realidad esas películas son las que han tejido las mallas a través de las cuales se filtra la imaginación social de nuestro tiempo. Probablemente condicionan los sueños de la mayoría de los habitantes de una gran ciudad. Ensueños que, proyectados inevitablemente en pos de la vida real, personal y social, conducen al planteamiento de una situación en la que el factor predominante es el espíritu burgués, auténtica adormidera del ideal.

Hemos llegado a ver en un periódico de la localidad una indignada «carta al Director» por algo, que ahora no viene al caso, y que de no subsanarse podría arrebatar a la ciudad, según dicho señor, la fama de «alegre y confiada». Este mundo carcomido por la banalidad y por la estupidez, cual la de ese «alegre y confiado» ciudadano, va echando fácil y peligrosamente en olvido, si es que alguna vez lo pensó en serio, que en todas partes, más allá y más acá de nuestras templadas regiones, vive y se agita otro mundo que no ríe, que no perdona, y que en cualquier momento puede, si Dios no lo remedia, borrarlo literalmente de la faz de la tierra.

No poco hay que decir y advertir alrededor de aquella clase de películas. Por ejemplo, lo que copiamos a continuación:

«El erotismo de las interioridades rosas substituyendo al de los bajos fondos negros no es lo más grave del asunto, porque esta lujuria camuflada es un lujo benigno en comparación con otra inmoralidad infinitamente más grave y que consiste en mantener los prestigios de una mitología social tan engañosa como eficaz. Es inútil en esta revista el reemprender argumentos en los que el marxismo no tiene réplica. La exégesis bajo este aspecto, de la comedia americana es concluyente. El cuadro social y económico de las aventuras sentimentales no resulta irreal; por el contrario, corresponde a una realidad bien precisa: la de la mixtificación capitalista y la de las representaciones que se encuentra obligada a alimentar en la conciencia de las masas. De la misma manera, en Francia, la herencia del teatro de barrio ha originado un cine «burgués» al uso del gran público donde la nobleza de la barba de Mr. Víctor Francen sale fiadora de un universo social, universo económicamente sin dolor que no es más que la imagen latente mantenida en la conciencia de las masas por su propia frustración.»

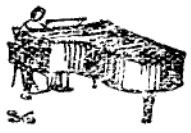
(De *Esprit*, París. Enero 1952)

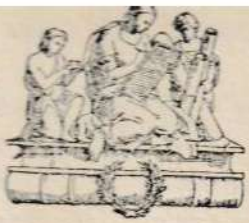
¿ESTAN USTEDES SEGUROS?

Hace unos días hemos tenido la oportunidad de leer en algunos periódicos locales una sorprendente reseña de un acto no menos sorprendente; de la cual no nos resistimos a reproducir por lo menos el principio:

«En el Hotel Ritz disertó ayer tarde el ilustre decano de la Facultad de Derecho, don José María Pi Suñer, en conferencia organizada por una Asociación de Damas para el mejoramiento moral y material de la clase obrera. El tema elegido fué el de «La casa de Clara Schumann», y en el decurso de su exposición fueron intercaladas por la eminente pianista doña María Vilardell de Lerín, distintas composiciones de Schumann, como el dibujo de varias figuras de su «Carnaval», una «Noveleta», los «Papillons», un fragmento del célebre «Concierto para piano y orquesta en «la», y la «Romanza en «fa sostenido menor».»

Ante lo cual sólo nos resta exclamar, con Segismundo: ¡Vive Dios, que pudo ser!





NOTAS BIBLIOGRAFICAS

BENVENUTO MATTEUCCI, *Teología del dolore*, Milano, 1949. 215 págs.

La sociedad editora de Milán "Vita e Pensiero" ha puesto en nuestras manos, bajo el epígrafe antedicho, una bella monografía en la que se conjugan la solvencia doctrinal y la amenidad didáctica, rara vez coincidentes en estudios de esta índole.

La obra, como insinúa ya en la introducción su autor, "tiene una intención sistemática y al propio tiempo polémica, y nace de una necesidad histórica más bien que de una presunción literaria".

A partir del llamado "escándalo de la creación", consistente en el agrio contraste que presentan su hermosura y vitalidad corroídas por el tiempo y el dolor, cabe preguntar si se da este último, como tal, en el mundo físico y animado. Mas la respuesta de que no constituye un mal la necesaria limitación del ser criado y su provisional existencia reduce a términos metafóricos el dolor cósmico e inconsciente.

El hombre, sin embargo, a dondequiera que vuelva los ojos advierte un reflejo de su propia desventura. Se habla incluso del "mal de vivir" como de algo consubstancial a los humanos. La verdad es que la vida, entitativamente un bien, goza, pese a todas las muertes y destrucciones, de una relativa armonía. Cuando el existencialismo actual, anegado en la propia deyección, considera la vida individual y aun la sociedad entera como un mal ontológico, se excede evidentemente en su parcial concepción antropológica. Y por el contrario, Rousseau se había sentido demasiado optimista al postular, sin distingos, la bondad de la naturaleza humana. La realidad tangible del dolor no es, por tanto, la existencia humana, pero sí constituye uno de los problemas fundamentales de nuestra vida.

¿Qué significa, pues, en el desarrollo del drama de la humanidad ese desorden físico o moral de que nos hablan fisiólogos y psicólogos? La pura filosofía, aun la polarizada a la historia, no parece explicar satisfactoriamente la razón de ser del fenómeno doloroso en el microcosmos y en la sociedad humana, toda vez que el ser, partícipe siquiera por creación de la bondad divina, es bueno, y el supremo rector de los acontecimientos históricos no puede ordenarlos definitivamente más que al bien. Se hace preciso, en consecuencia, acudir a la concepción teológica de la culpa original, única justificación posible del dolor como realidad social.

La *Teología del dolor* confiere a éste, no sólo una función de castigo, sino que además lo convierte en llamada a nuestras posibilidades de superación o resignación meritorias. Al volver el último recodo de la vida temporal, la humanidad que se hiciera responsable del pecado recoge los frutos del dolor.

Hasta aquí las líneas generales del problema.

En la parte segunda y central del valioso libro de Matteucci se desarrollan, en buen orden y con copia de afirmaciones eruditas, las soluciones fundamentales de una teología, en gran parte filosófica, frente a las demás posiciones ajenas al catolicismo, las cuales podrán ofrecernos una técnica moral o una terapéutica psicológica, insuficientes desde otros puntos de vista, incluído el basado en la *discordia concors* u ordenado desorden, de acuerdo con la concepción estética agustiniana. "El problema del dolor — escribe Matteucci — tiene de hecho una sola prueba que concluye, a saber, la de un pecado común a la que se adhiere la razón y la tradición de los pueblos, manifestada en la Revelación como pecado original." En consecuencia, la filosofía de la historia, hecha ya teología de la historia, admite en esta última dos protagonistas, Dios y el hombre, que dialogan insensiblemente, armonizándose la voluntad predestinante y la libertad merecedora.

Habida cuenta de que "Adán es el hombre-especie", nos encontramos, a través del pecado y del dolor, con un vínculo social de tal naturaleza que al romper la armonía del hombre con Dios desvirtúa paradójicamente la razón metafísica de la solidaridad humana. Pero no podemos olvidar que al dogma del pecado original subsigue el de la redención, cuya esperanza preside el sacrificio y señala la posibilidad de tránsito a la inmortalidad plena de la persona individual y social. Cuando el amor, personificado en Jesucristo, se une al dolor en el momento mismo de la culpa, cobran un sentido más viviente las abstractas afirmaciones teológicas.

Justamente aquí se abre — tercera parte de la obra comentada — el espléndido panorama de la gracia, del dolor y amor redentores, en y por el Salvador. Ahora, la humanidad doliente, este gran enfermo de que hablaba San Agustín, no sólo reconoce en el dolor la impronta de su origen y el mensaje de la solidaridad, sino que tiene acceso a Dios, por compartir los sufrimientos con Cristo, quien nos solidariza aun más con el abrazo y la herencia de su Redención.

LUIS REY ALTUNA

O LIBERALISMO, ONTEM E HOJE, por *Mesquita Pimentel*. Biblioteca de Cultura Católica, vol. 23. Edit. Vozes, Ltda., Petrópolis (Brasil).

La obra de Mesquita Pimentel está dividida en dos partes. En la primera narra la historia del liberalismo, y en la segunda nos habla de su doctrina, a la par que traza un estudio crítico.

Del hecho de que el liberalismo sigue siendo el error capital de nuestro tiempo, en contra de las afirmaciones enfáticas de su muerte, parte el autor para declarar que es la forma práctica del racionalismo y del naturalismo, y que en él están enraizadas tantas herejías modernas manifiestas en la teología, en la filosofía, en la política, en la economía, en la ciencia, en la moral, en la literatura, adoptando diversas formas y nombres: positivismo, laicismo, materialismo, comunismo, nazismo, democracia demagógica, americanismo, irenismo, etc.

En su bosquejo histórico arranca de las primeras realizaciones liberales, a fines del siglo XVIII, para entrar luego de lleno en su "época grande", el siglo XIX, acabando en su pervivencia actual y refiriéndose en concreto a la democracia cristiana. El eje de su historia se mueve alrededor del liberalismo católico francés y de sus pugnas con los Sumos Pontífices y los pensadores católicos, base fundamental para el conocimiento de la historia del liberalismo y más aún del catolicismo liberal. No falta la natural reseña de las diversas condenaciones pontificias de la nefasta ideología, por lo que esta primera parte tiene un valor histórico y doctrinal a la vez.

En la parte propiamente doctrinal considera dos puntos capitales: el tema de la libertad y el de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Desarrolla la doctrina liberal oponiéndola a la católica y tratando ésta con suficiente extensión para recordárnosla claramente, incluso en sus aplicaciones políticas. Termina hablando de la perennidad de la doctrina católica y de los beneficiosos efectos que a las naciones reportaría su práctica. "*Reencontrar y hacer viables para los pueblos modernos las formas de vida en que los hombres consigan desenvolverse beneficiosamente, de acuerdo con su propia naturaleza y su fin último, conforme enseña el catolicismo, es tarea que ha de realizar hoy la humanidad si quiere salvarse en el tiempo y en la eternidad. A ello debe dedicarse. Y no a experimentar nuevas formas de liberalismo o de totalitarismo, como aconsejan sus infatuados e ilegítimos profetas, que no son más que ciegos que quieren conducir a otros ciegos por improvisados y fatales caminos, desviados de la ruta verdadera.*"

El libro está escrito con entera objetividad. Su criterio, perfectamente ajustado a la verdad filosófico-política del catolicismo, tan poco conocida, cuando no menospreciada o adulterada por personas que antes que adecuar sus opiniones propias a la verdad prefieren amañar la verdad a la medida de sus criterios personales.

Cabe resaltar el acierto de Mesquita Pimentel de hablar más del catolicismo-liberal que no del liberalismo puro. Dirigido su libro a un público católico, es indudable que su enfoque hará mucho más bien y será de gran ayuda para deshacer tanto confusionismo reinante que esteriliza la actuación de gran número de católicos.

En los tiempos presentes es casi una agradable sorpresa el ver publicados libros como el de Mesquita Pimentel. Su misma escasez acrecienta la necesidad de multiplicarlos.

El libro tiene una extensión de ciento sesenta y siete páginas, y no de letra menuda. Su brevedad no es obstáculo para el gran provecho que puede sacarse de él. Sino todo lo contrario: facilita la orientación y el conocimiento.

La misma brevedad en la exposición, sin que pierdan un ápice la claridad y la exactitud históricas y doctrinales, son prueba del dominio que de la materia tiene Mesquita Pimentel. Al mismo tiempo que hacen su obra más aprovechable y más asequible para todos.

Para los que quieran tener resumida la suficiente materia donde afincar su pensamiento católico en relación con el liberalismo, el libro de Mesquita Pimentel es recomendable en todos los sentidos. Para los estudiosos es un extenso y completísimo guión desde el que pueden partir, seguros de que pisan terreno firme, en la ampliación de sus conocimientos.

LUIS LUNA

DE LA QUINCENA RELIGIOSA

Trascendental discurso del Papa a los fieles de Roma

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre los siguientes párrafos del mensaje dirigido por Su Santidad a los fieles de Roma, el domingo, 10 de febrero.

«Aun el Año Santo, que produjo un florecer prodigioso de la vida cristiana, no se debe considerar simplemente como un brillante y pasajero meteoro, ni como obligación momentánea que ya ha sido cumplida. Debe ser considerado más bien como el primer paso prometedor hacia el restablecimiento completo del espíritu del Evangelio, que además de salvar a millones de almas de la perdición eterna, es lo único que puede asegurar la coexistencia pacífica y la colaboración fructífera de los pueblos.»

»Ahora es el momento, queridos hijos. Ahora es el momento de dar los pasos decisivos y sacudir este letargo fatal. Es el momento para que todos los hombres buenos, todos los que están preocupados por los destinos del mundo, se reconozcan unos a otros y estrechen sus filas. Es el momento de repetir con el Apóstol: «Hora est iam nos de somno surgere». (Es el momento de despertar del sueño, que nuestra salvación está cerca».

»Es un mundo entero que se tiene que reconstruir desde sus cimientos, transformado de salvaje en humano, de humano en divino, es decir, según el Corazón Divino. Millones de hombres están pidiendo un cambio en la lucha, cuando miran hacia la Iglesia de Cristo, como el único piloto fuerte. quien con todo el respeto debido a la libertad humana, puede tomar la dirección en una labor tan grande. Un guía se está pidiendo con palabras explícitas y aun más a través de las lágrimas que han brotado por las heridas todavía sangrientas, mientras los hombres señalan hacia los cementerios inacabables que el odio organizado y militante ha extendido sobre los continentes.»

»¿Podríamos negarnos a ser como una antorcha en la oscuridad, como la sal de la tierra. y como Pastor del rebaño humano, si es Dios quien lo señala, a pesar de no ser dignos de El? Lo mismo que un día ya algo lejano, aceptamos la pesada cruz del Pontificado, porque tal era la voluntad de Dios, así Nos aceptamos la ardua misión de ser, hasta donde nuestras débiles fuerzas lo permitan, el heraldo de un mundo mejor postrado ante Dios, y cuyos estandartes anhelamos pasar primero sobre vosotros, queridos hijos de Roma. que sois los que más cerca estáis de Nos, y que estáis confiados de manera muy especial a nuestro cuidado, por lo que sois también como las luces flameantes de un candelabro, como una levadura entre vuestros hermanos y como una ciudad construída sobre la montaña; vosotros de quienes otros esperan mayor valor y prontitud más generosa para la acción, recibid con doble espíritu de consagración, reconociendo como un llamamiento de Dios y como una digna norma de vida, la Sagrada Misión que vuestro Pastor os confía: clamar un poderoso despertar del pensamiento y de la acción.»

Discurso del Papa e la Union cristiana de Empresarios Dirigentes

La mañana del jueves, 31 de enero, Su Santidad el Papa recibió en audiencia a los componentes del Consejo Nacional de la Unión Cristiana de Epresarios Dirigentes, reunidos en Roma para conmemorar el quinto aniversario del establecimiento de la asociación .

El ideal que mueve a los miembros de la Unión Cristiana, dijo el Papa en el importante discurso pronunciado con tal ocasión, es «el ejercicio pleno, elevado, y cristiano, de vuestra empresa, penetrado de sentido humano en la más amplia y profunda acepción de la palabra. Este sentido humano es necesario que penetre, como la gota de aceite en el engranaje, todos los miembros, todos los órganos de la empresa. las cabezas, los colaboradores, los empleados, los trabajadores de todos los grados, desde el artesano más calificado al más modesto peón.»

»Si se multiplicaran, uniéndose a vosotros, una tras otra, las empresas efectivamente penetradas del verdadero sentido humano, llegarían a ser como otras tantas grandes familias, y si no contentas con su vida privada como en vaso cerrado, se unieran entre ellas, todas conjuntamente tenderían a formar una sociedad fuerte y feliz.»

El Papa sabe que semejante ideal no puede devenir realidad en un día. Por eso alaba el esfuerzo de los que abren el camino, seguros de que la sociedad ha de alcanzar estadios de vida más perfecta, el día en que, por decisión, que requiere un convencimiento previo, de sus miembros, se avenga a andar por él. Y prosigue el Papa:

«La gran miseria del orden social, consiste en que no es profundamente cristiano ni realmente humano. sino tan sólo técnico y económico, y que no reposa en absoluto sobre lo que debe ser su base y el fundamento sólido de su unidad, es decir, el carácter común de los hombres por la naturaleza y de hijos de Dios por la gracia de la adopción divina.»

No se puede decir más, en menos palabras, afirmaremos sencillamente. La tremenda y tan cacareada, por otra parte, complejidad de la cuestión social, tiene su raíz en un principio de tan evidente sencillez, como es anunciado por el Papa. Por el lado de los Estados se ha progresado notoriamente en el camino de la mejora de los trabajadores. Y la gloria de la Iglesia consiste en que, tal mejora ha resultado de traducir en leyes, las directrices dadas por los Sumos Pontífices en sus encíclicas. Mas por lo que hace a ese sentido humano y a esa conciencia de la común característica de todos los hombres, de la que pueden —y deben— ser las leyes expresión en su terreno propio, pero que naturalmente han de residir en el espíritu del simple ciudadano, se impone confesar que no se ha avanzado lo deseable.

Es notable el párrafo que dedica el Papa a rectificar ciertas tendencias erróneas introducidas en la doctrina social, al socaire de la interpretación inexacta de un texto de Su Santidad Pío XI. Se trata de la famosa teoría de la cogestión. Recuerda Su Santidad que ya en el discurso de 3 de junio de 1950, procuró poner a la luz de una interpretación justa la doctrina de su predecesor en el Pontificado, «para quien, dice, nada estaba más lejos que cualquier aliento a proseguir por el camino que conduce hacia las formas de una anónima responsabilidad colectiva.»

Los arzobispos de Paris, y Marsella previenen a sus fieles contra los peligros de ciertas novedades

En «La Semaine religieuse» del 3 de febrero aparece una circular emanada del consejo de vigilancia del arzobispado de París, por la que se pone en guardia a los fieles de aquélla diócesis, «contra una concepción errónea y peligrosa de la fe y de sus relaciones con la acción, propuesta en recientes escritos».

Dice la circular entre otras cosas: «Contrariamente a las afirmaciones de las encíclicas pontificias, se niega a la fe y a las enseñanzas de la Iglesia, toda influencia, ya sea para inspirar las instituciones y los compromisos, ya para apartar las opiniones y las doctrinas peligrosas que las contaminan».

«Por razón del actual estado de la clase obrera, que hace difícil su cristianización, se propone a los cristianos una acción en dos fases sucesivas: primero liberación, y solamente luego evangelización. La primera fase es independiente de las normas cristianas.»

«Este método es particularmente peligroso, en la hipótesis de que se admita que la liberación sea llevada a término por el Comunismo, al triunfo del cual los cristianos aceptarían colaborar de este modo, en contradicción con las directivas formales de la Iglesia.»

Monseñor Jean Delay, arzobispo de Marsella trata de la participación de los católicos en determinadas manifestaciones y movimientos en favor de la paz. He aquí las consignas que da el prelado a ese respecto.

«1.° Cuando una manifestación sea organizada de común acuerdo por varias asociaciones, nos reser-

vamos el designar, si hay lugar para ello, la persona calificada para presentar la doctrina de la Iglesia sobre la paz.»

«2.ª Cuando una manifestación sea organizada por movimiento comunista o procomunista toda participación debe ser desechada.»

«3.ª Todo católico que en casos excepcionales viera una verdadera necesidad en asistir a una reunión de las prohibidas en el apartado que antecede, deberá cada vez comunicarlo, ya directamente, ya por medio de un intermediario sacerdote, a nuestros vicarios generales o a nosotros mismos.»

La Jerarquía Católica de la India, contra el control de nacimientos

Se ha dado a conocer a todos los católicos de la India una nueva declaración de la Conferencia de Obispos de aquel país, que denuncia el control de nacimientos, como pecado contra el matrimonio.

El mensaje episcopal aparece en vista de la actividad desplegada por el movimiento que propugna dicho control y que se ha manifestado a través de la publicación de folletos explicativos y de recomendaciones por la Comisión Planeadora del Gobierno de la India. La comisión está presidida por el Primer Ministro Jawaharal Nehru.

Las protestas de los católicos han surgido inmediatamente. El Arzobispo de Madrás, Mons. Mathias, hace notar que el problema de la India no es la superpoblación, sino la escasa producción y la falta de distribución de la riqueza.

Sin embargo, se continúa insistiendo sobre el control de nacimientos. La presente tendencia, dice la declaración de los Obispos, es uno de los mayores males que se oponen al matrimonio, y los métodos sugeridos por «esos emisarios del mal» son perversos y no pueden ser defendidos por ningún católico. El mensaje de los Obispos ofrece particular significación, con vistas a las próximas elecciones.

La Iglesia es perseguida en doce países

El Anuario Pontificio de 1952, señala los doce países en que sufre persecución la Iglesia actualmente, y que son: China, Rusia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Dantzig, Checoeslovaquia, Rumanía, Hungría, Yugoeslavia y Albania.

En China son 44 los Arzobispos u Obispos que se encuentran imposibilitados de ejercer su ministerio, bien por sufrir cárcel, bien por haber sido encarcelados. En Checoeslovaquia, hay cuatro Obispos encarcelados y tres deportados; en Dantzig, el obispo no puede ejercer su apostolado; en Estonia ha sido deportado un obispo; en Yugoeslavia se encuentra detenido un obispo, y otros tres además del primado, arzobispo de Zagreb, no pueden ejercitar su ministerio episcopal; en Letonia se encuentra en idéntica situación un obispo, mientras que en Lituania, son dos los encarcelados y uno deportado. En Rumania están encarcelados o impedidos de cumplir su misión todos los obispos; en Rusia fueron desterrados cinco obispos, después de haber pasado varios años en la cárcel, y otros tres siguen detenidos desde hace casi veinte años. En Hungría el cardenal Mindszenty y un obispo sufren prisión, y otro obispo murió en un campo de concentración; en fin, de los siete obispos con residencia en Albania, tan sólo uno está en libertad, de los otros seis no se sabe si permanecen en la cárcel o si fueron asesinados.

Un centenar de obispos, por lo tanto, no pueden desenvolver su mandato apostólico.

Por otra parte, una reciente noticia procedente de Belgrado, comunica que el obispo católico de Liubliana, monseñor Vouk, fué atacado por un grupo de comunistas que lanzaron contra él el contenido de una lata de petróleo y le prendieron fuego. El prelado sufre graves quemaduras.

Monseñor Vouk se encuentra ahora en un hospital de Liubliana. El pasado mes el Gobierno comunista le impuso una multa de cincuenta mil dinares por su actividad religiosa.

III Aniversario del proceso y condena del cardenal Mindszenty

En los datos que aparecen en el Anuario Pontificio, se habla del cardenal Mindszenty. Precisamente en estos días se cumple el tercer aniversario de la condena del ilustre purpurado. La sensibilidad del mundo moderno ha ido haciéndose —y es de creer que no sin experimentar en el fondo una honda conmoción— a la dura realidad de injusticias, como aquélla de la que en fecha no lejana, fué víctima el primado de la Iglesia Magyar. Sin duda, por ese motivo, conforme avanzan los años, el nombre del cardenal Mindszenty, es ya simplemente para muchos, uno más, en la larga lista de los perseguidos por la impiedad. Pero por encima de la mayor o menor importancia que los hombres dan al hecho, éste tiene, entre otros, un positivo significado, que conviene no olvidar: el de que en pleno siglo XX. se han podido perpetrar con la actividad de unos y la pasividad de otros, crímenes que, en otros tiempos, tenidos hoy por poco menos que indeseables, colocaban a sus autores fuera del consorcio de los pueblos honrados.

Escrito de los católicos chinos a Su Santidad

Un grupo de católicos de la China comunista ha conseguido hacer llegar a Su Santidad un escrito emocionante en prueba de su fidelidad a la Iglesia. En él se dice que la Iglesia atraviesa hoy en China una situación difícil y peligrosa; los periódicos publican continuamente calumnias contra la Iglesia Católica. En este período de lisonjas y amenazas, los católicos chinos dicen que no piensan en el porvenir, sino que piden al Papa perdone las culpas de su patria, rece por la paz y bendiga sus propósitos de querer a toda costa mantenerse fieles a la Iglesia.

Según las últimas estadísticas, hechas cuidadosamente, en el año 1951 han sido expulsados de China 1.374 misioneros, de ellos, 583 sacerdotes, 60 hermanos y 731 religiosas. A principios del presente año quedaban en China 1.764 misioneros, repartidos en 1.175 sacerdotes, 115 hermanos y 474 religiosas, pero poquísimos de ellos pueden dedicarse todavía al apostolado, ya que varios están en la cárcel y otros se hallan detenidos en sus domicilios. Los detenidos en la actualidad son 148 misioneros, de ellos 21 obispos, 103 sacerdotes, 3 hermanos y 21 religiosos. Estas cifras han sido comprobadas.

Del fallecimiento del rey Jorge VI de Inglaterra

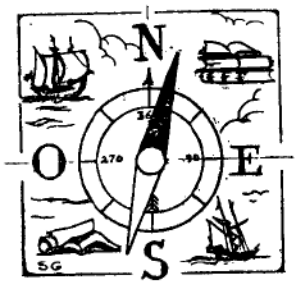
Se comunica del Vaticano que la noticia del fallecimiento del rey de Jorge VI de Inglaterra fué dada por monseñor Montini a Su Santidad, antes de dar comienzo a una audiencia general. Su Santidad expresó su sentimiento por la muerte del soberano inglés, al que tuvo ocasión de conocer, el entonces todavía monseñor Pacelli, en 1911, cuando estuvo en Londres para asistir a la coronación de Jorge V. Se recuerda en el Vaticano, el interés que manifestó el Papa por la salud del desaparecido monarca cuando en septiembre último le fué practicada a éste una dolorosa operación quirúrgica. Ante ese interés, la reina Isabel —entonces princesa heredera— envió al Padre Santo un telegrama de profundo agradecimiento por aquel gesto, y por los votos y oraciones, que fueron de gran consuelo tanto para ella, como para toda la familia real.

El Papa ha enviado a la reina viuda, un mensaje de condolencia concebido en los siguientes términos:

«Nos apresuramos a expresar a V. M., a los miembros de la Familia Real y a toda la nación nuestra condolencia por el fallecimiento de S. M. el Rey Jorge VI, al que recordaremos en nuestras oraciones, a la vez que invocamos, como consuelo a vuestro dolor ,la fortaleza y confortación de la Divina Providencia en amplia medida.»

La nueva soberana ha contestado al mensaje de Su Santidad con el siguiente telegrama: «Profundamente conmovida por el amable mensaje de S. S., me apresuro a asegurarle que aprecio en su verdadero valor su simpatía.»

HIMMANU-HEL



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

La Asamblea se ha divertido. - Superioridad roja en Corea. - ¿Firmes y decididos? - Eisenhower es un símbolo. - BAJO EL SIGNO DEL CAOS La Europa democrática. - Norteamérica está perdiendo la guerra. Jorge VI e Isabel II.

Del 26 al 31 de enero

La Asamblea se ha divertido

Quizás la impresión más real de la actualidad política mundial, y que habría de hacer meditar profundamente a los que tratan de darse cuenta de lo que hay en el fondo de esa pseuda propaganda pacifista matizada por el rearme y la confusión, es la que nos sirve desde París un avisado corresponsal. Se refiere a la Asamblea de las Naciones Unidas, y escribe:

«Se aproxima el final de la sexta Asamblea de la ONU. Previsto este final para el 3 de febrero, puede decirse que la Asamblea ha entrado prácticamente en la agonía. Dentro de una semana, el coloso edificio prefabricado alzado en la colina de Chaillot para la ONU, cerrará sus puertas... ¡y hasta el año que viene!

»Los delegados de los sesenta pueblos reunidos en la ONU no han resuelto nada, pero se han dado una vida de príncipes. Jamás París ha sido tan gentil con unos forasteros. Jamás tampoco los más crudos meses del invierno, estuvieron tan repletos de fiestas, de recepciones, de funciones de gala. El éxito en este aspecto ha sido tan rotundo, que el año que viene se pretende celebrar también en París le séptima Asamblea». («La Vanguardia Española»).

¿Qué les parece? Se comprende el éxito cuantitativo de esa ya agonizante Asamblea, y se explica que las futuras reuniones quieran celebrarse de nuevo en una ciudad que sabe organizar con tanta profusión, «fiestas, recepciones y funciones de gala». Claro está que el corresponsal apunta a renglón seguido que «el signo bajo el que debe cerrarse esta sexta reunión, es la esterilidad». Pero, ¿qué importa semejante apreciación si al fin la Asamblea se ha divertido y la guerra no ha comenzado todavía sobre el territorio europeo?

La esterilidad, para los optimistas superficiales, es lo de menos, y lo interesante es que Wichinsky, Auriol, Acheson y Eden, para no referirnos más que a los personajes destacados, hayan podido tomar juntos una copa de champaña, mientras comentaban jocosamente la última anécdota de actualidad.

Superioridad roja en Corea

El general Lowe, representante personal del presidente Tuman en Corea, durante los diez primeros meses de la guerra, ha manifestado que a su juicio la URSS perseguía en aquella península tres objetivos: primero, montar otro laboratorio de guerra como en España en 1936; segundo, comprobar la reacción de la O. N. U., y tercero, averiguar hasta qué punto los Estados Unidos estaban dispuestos a afrontar una guerra.

Si esto es cierto, la Unión Soviética se ha salido con la suya, En cambio, los Estados Unidos no han actuado con la firmeza y la decisión indispensables. «En abril —declara Lowe— podíamos haber destruído a los chinos comunistas. En cambio, les dimos siete meses para rehacerse. Hoy sería más difícil, incluso no sé si podríamos hacerlo».

Esta última opinión es la misma que sostiene Hanson Baldwin, corresponsal militar del «New York Times»:

«Nos encontramos —dice— en una situación difícil. Hemos de hacer frente a un enemigo bien atrincherado y bien preparado. Cuanto más avancemos hacia el Norte, más nos colocaremos bajo el radio de acción de su potente fuerza aérea. Las fortificaciones de campaña del enemigo en el frente son formidables, y hay razones para suponer que en el transcurso de la presente pausa combativa ha constituído depósitos importantes de municiones y aprovisionamientos.

»No es pues muy seguro que una ofensiva terrestre de las Naciones Unidas pueda alcanzar actualmente el éxito. Excepto en el caso de que mandemos a Corea refuerzos considerables —lo que tratamos de evitar— es indudable que toda operación ofensiva estaría sellada por un acrecentamiento substancial de pérdidas norteamericanas y aliadas, lo que, particularmente en Wáshington, resulta muy penoso en un año de elecciones.

»Y así nos encontramos en el dilema de continuar el actual coloquio o de sufrir considerables pérdidas.

»Ciertos observadores piensan que si no se logra una acción positiva en Corea, es decir, si la situación no cambia radicalmente, la opinión pública norteamericana, que ha evolucionado mucho en el transcurso del pasado año, acabará por exigir el abandono de Corea.»

El comentario del «New York Times», es altamente significativo. Resulta, en primer lugar, que la prosecución de la guerra por parte de los Estados Unidos es ahora prácticamente imposible, por haber logrado los comunistas la superioridad aérea; en segundo término, que el presidente Truman se niega a mandar refuerzos substanciales a los soldados que luchan en Corea, por temor a la reacción popular en vísperas de las elecciones, y, por último, que las ilusiones de los dirigentes norteamericanos se reducen a conseguir que el pueblo estadounidense «exija» el abandono de una lucha sin objetivo y sin finalidad. ¿Es esto lo que se pretende, en definitiva, con las inexplicables negociaciones de armisticio?

Pero, si los Estados Unidos se retiran de Corea, no sabemos quién se fiaría ya de la ayuda norteamericana.

¿Firmes y decididos?

El corresponsal de «La Vanguardia Española» en Wáshington, asegura: «El gobierno de los Estados Unidos ha decidido comenzar el envío de armas destinadas al Ejército Español a cuenta de los cien millones de dólares que el Congreso votó para España en octubre del año pasado».

Y termina su crónica con estas palabras: «Otra vez los norteamericanos contemplan la llegada de la primavera y el verano envueltos en una oleada de inquietudes y desasosiegos, ante los cuales es más manifiesta la voluntad de adoptar una actitud decidida y firme, poniéndose de acuerdo con los países firmes y decididos».

No entendemos realmente lo que quiere dar a entender el corresponsal con eso de «actitud decidida y firme» de Norteamérica. En cuanto a los «países firmes y decididos», ¿trata de insinuar que los tales países —la alusión es evidente— están en la misma línea de firmeza y de decisión que siguen los gobernantes de Wáshington? Pobres de nosotros si tal pronóstico resultara cierto...

Eisenhower es un símbolo

De un artículo firmado por Andrés Revesz en el diario anteriormente citado:

«En resumen: la candidatura del general Eisenhower es un símbolo, el símbolo de la nueva situación que excluye la lucha entre partidos y grupos, lujo de otros tiempos, hoy un lujo peligroso. Símbolo de que no puede prevalecer sino una sola política, sobre base nacional, en armonía con la razón y los intereses de la comunidad. Roberto Taft en este sentido representa el pasado, el politiqueo, mientras que Eisenhower representa el presente y el porvenir».

¿Exclusión de partidos y grupos? ¿Una sola política sobre base nacional? Pero, ¿acaso no era ésta la base fundamental del régimen nacionalsocialista alemán?

BAJO EL SIGNO DEL CAOS

Dorothy Thompson escribe en el «Globe and Mail», de Toronto, de fecha 21 de enero del corriente, el siguiente comentario que ha sido reproducido en «Le Monde», de París, del día 31:

«Resulta sorprendente que en un momento en que la tensión internacional alcanza el estadio de la guerra, y no hallándose todavía los ejércitos principales a punto, uno de los adversarios diga públicamente al otro: «No estamos aún preparados para rechazar vuestro ataque. Sin embargo, nos hallaremos más dispuestos a fin de año; en 1953 habremos alcanzado todavía mayor potencia; y en 1954 tendremos un ejército alemán provisto deuna potente fuerza aérea; después de lo cual, si nos atacáis, os destruiremos. Por consiguiente (pues esta es la lógica) esperad para atacarnos a que el ataque no pueda tener éxito. Esperad a que nosotros estemos dispuestos. Entonces haremos la paz...»

»¿Por qué hemos de suponer que los eventuales agresores difieran su agresión hasta que ésta se halle condenada al fracaso?... El solo hecho de que puedan plantearse tales cuestiones demuestra el carácter irreal de nuestra diplomacia... Cuando la lógica del sueño de un hombre dormido invade su estado de vigilia, se le declara loco... Así: «Hemos de armarnos contra el agresor.» — «¿Para hacerle la guerra?» — «No, para obligarle a hacer la paz.» — «¿Por qué no nos ataca ya ahora? — «Porque quiere hacernos la guerra.» Esperemos que al fin despertemos sobre la cama.»

Del 1.° al 6 de febrero

La Europa democratica

El ministro británico de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, ha pronunciado un discurso en los Comunes sobre política exterior, al que pertenece el siguiente fragmento:

«Si miramos día por día lo que está sucediendo a nuestro alrededor, es inevitable que cada diferencia de opinión aparezca grande a nuestros ojos. Aparecen más destacadas a nuestra atención, quizás más destacadas que los acuerdos que hemos alcanzado y los progresos —no espectaculares, pero firmes— que creo se han realizado.»

En pocas palabras, esto puede darnos a entender que, si bien la opinión externa entre los bloques democrático y soviético parece irreductible, tras los bastidores se han logrado acuerdos substanciales. Por eso, tal vez, el señor Eden se permite decir que el temor de una guerra inmediata, no sólo no ha aumentado, sino que ha disminuído.

Sin embargo, ¿es ello cierto? Para Eden, los factores determinantes de ese alejamiento de la guerra se deben a tres circunstancias:

1) La fuerza creciente «aunque modesta» (¡y tanto!) de los occidentales.

2) La «comunidad de defensa» representada por las Naciones Unidas, aún a trueque de «fuertes diferencias verbales», y

3) La ampliación y fortalecimiento de la NATO (se refiere, sin duda, a la entrada en dicha organización de Grecia y Turquía).

Además, el señor Eden tuvo interés en subrayar que «se están produciendo en Europa acontecimientos que, junto con las actuales negociaciones, crearán una nueva Europa diferente de todo lo conocido desde los días de Carlomagno».

Este último pronóstico —uno de los más alarmantes que se han hecho en los tiempos presentes— no ha causado, al uarecer, ningún desasosiego. Y, no obstante, fíjense bien nuestros queridos lectores, la Unión Soviética no pretende precisamente otra cosa que crear una Europa muy distinta también de la de Carlomagno. ¿Hay también en esta cuestión trascendental un acuerdo perfecto entre el oriente y el occidente?

Norteamerica esta perdiendo la guerra

Mientras el señor Eden se despacha a su gusto asegurando que por ahora no estallará la guerra, los hermanos Alsop escriben desde Wáshington una crónica en la que dicen que los Estados Unidos la están perdiendo antes de comenzarla.

«Ha llegado el momento—dicen —de enfrentarse a un hecho que no por sencillo, deja de ser bastante grave: la Unión Soviética nos está superando en la producción de aviones de combate modernos. Y teniendo encuenta que, si estalla una guerra, el poderío aéreo constituirá un factor decisivo, el hecho resulta alarmante en exceso».

Y prosiguen: «La producción soviética de cazas «Mig-15» y de algunos modelos aún más perfeccionados, alcanzó durante el año pasado, según fuentes dignas de todo crédito, una cifra que oscila entre los 5.500 y los 6.200, y que pone de manifiesto la sorprendente capacidad de la industria soviética. La producción americana del anticuado «F-84» no pasó de 500, y la del «F-86» fué todavía menor.

»Debemos insistir en que el «Mig-15» es un caza modernísimo y de gran eficacia, con rapidez suficiente como para dejar atrás a nuestro «F-84»... cosa que ya ha ocurrido.»

Por su parte, el general Curtis Lemay, jefe del mando estratégigo de la fuerza aérea norteamericana, ha revelado: «Tenemos necesariamente que producir algo mejor que el «F-86» si es que vamos a derrotar a los «Mig-15» soviéticos», ya que los «Mig-15» son superiores al mejor avión interceptador norteamericano que es el «F-86».

¿Cómo es posible que las fábricas de la Unión Soviética puedan producir más aviones que las de Norteamérica y, sobre todo, más perfeccionados? ¿Dónde queda la potencia fabril y la tan cacareada superioridad técnica de la industria estadounidense? A no ser que se retrase voluntariamente el plan de rearme, para que la URSS no quede en tan manifiesta inferioridad que la guerra sea prácticamente imposible, es difícil explicarse el porqué los Estados Unidos no logran adquirir una potencia similar a la que consiguieron en el transcurso de la pasada guerra.

Del 7 al 10 de febrero

Jorge VI e Isabel II

Ha muerto el rey de Inglaterra, Jorge VI.

Su dramático reinado —escribe un corresponsal— «ha estado marcado por los dos signos contrapuestos de lo nuevo: socialismo, guerra, rebelión colonial, que la historia lanzó sobre el mundo que irradiaba de Londres, y lo viejo y tradicional, a lo que Inglaterra, con una sabiduría política desconocida en los momentos de decadencia de otros países, se ha aferrado con terquedad británica como a una tabla de salvación...»

Sucede a Jorge VI, su hija Isabel, que ha sido proclamada «reina de este reino y de los otros reinos y territorios, jefe de la Commonwealth y defensora de la fe».

La nueva soberana no ostenta el título imperial, ya que su difunto padre lo perdió después de la última guerra.

Sin embargo, la reina Isabel habrá de jurar, en una especial ceremonia, que es «una fiel protestante» y que mantendrá todas las disposiciones que aseguran una sucesión protestante al trono. Como puede apreciarse fácilmente esta profesión y este juramento se hallan en oposición evidente con lo de «defensora de la fe», título que en su día fué otorgado por el Romano Pontífice a Enrique VIII antes de su separación de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

SHEHAR YASHUB

CON CENSURA ECLESIÁSTICA